

La Esfera

26 AGO 1922

Año IX Núm. 451

Precio: Una peseta



AMAR&ET

(c) Ministerio de Cultura 2006 **JOAQUINITO**, cuadro de Luis Bea, que figuró en la Exposición Nacional de Bellas Artes



CARLOS COPPEL

FÁBRICA DE RELOJES

Fuencarral, 27

MADRID

A cada reloj
acompaña
certificado
de garantía.

Remesas a
provincias.
Catálogos
gratis.

Rosado Rivas



THE VITTORIA EGYPTIAN CIGARETTE COMPANY

CIGARRILLOS DE LUJO
Los mejores y más baratos



DE VENTA EN TODAS PARTES

LA TIERRA DE TODOS

NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Publicada por la EDITORIAL PROMETEO)

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

XIV

rante, puesto al descubierto por el desabrochado corpiño. Sus ojos iracundos y anunciadores del chaparrón de malas palabras con que pensaba acoger al importuno se dulcificaron viendo á Robledo, y antes de que éste hablase, dijo ella con amabilidad:

—La patrona está en el dormitorio y el marqués ha salido con su maldita caja de pistolas. Yo creía que estaba donde usted... Entre, don Robledo; voy á avisar á la señora.

El ingeniero sabía bien que Torrebianca estaba en su casa con los otros padrinos; pero necesitaba hablar á Elena urgentemente. A pesar de su de-

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia á Watson?... ¿Por qué viene usted á estas horas?...

Sonrió Robledo irónicamente antes de contestar.

—Watson está bien; y si vengo á tales horas es para hablarle de otro.

Luego la miró con severidad, añadiendo lentamente:

—Al salir el sol, dos hombres van á matarse. Esto es un horrible disparate que me quita el sueño, y he venido á decirle: «Elena, evite usted tal desgracia.»

Convencida ya de que no se trataba de Watson, respondió con mal humor:

—¿Qué quiere usted que haga? Pueden batirse, si es su gusto... Para eso nacieron hombres.

—Duerma tranquilo, Robledo, como yo voy á dormir. Deje que esos dos vanidosos anuncien que se van á matar. Verá como no ocurre nada grave.

Intentó retirarse de la ventana por miedo á los «jejenes» y otros insectos sanguinarios que, atraídos por las apetitosas carnes, empezaron á zumbar en torno á sus hombros, obligándola á repelerlos con incesantes manotazos mientras hablaba.

—Si ve á Watson, dígame que le he estado esperando todo el día. Con esto del duelo es imposible hablarle... Hasta mañana, y pase usted una noche tranquila.

Cerró la ventana, fingiendo un miedo pueril á los mosquitos, y Robledo tuvo que retirarse desalentado.

A la misma hora el ingeniero Canterac escribía en su mesa de trabajo, terminando una larga carta con estas palabras:

«... Y tal es mi última voluntad, que espero cumpliréis. ¡Adiós, esposa mía! ¡Adiós, hijos míos! Perdonadme.»

Dobló el pliego para meterlo en un sobre, y luego puso éste en el bolsillo interior de una levita colgada cerca de él.

«Si caigo mañana—pensó—, encontrarán esta carta sobre mi pecho. Encargaré á Watson, antes del duelo, que en caso de muerte la envíe á mi familia.»

Una hora después su adversario entraba en la casa de Moreno. El oficinista había vuelto, momentos antes, de su reunión con los padrinos de Canterac. Pirovani le habló lentamente, esforzándose por ocultar su emoción.

Acababa de dejar sobre la mesa de Moreno dos cartas, una de ellas muy abultada, con el sobre abierto, mostrando su interior repleto de papeles. Había estado escribiendo una parte de la noche en su alojamiento, para condensar en estas dos cartas todos sus asuntos. Señaló la más delgada y dijo:

—Esta es para mi hija. Se la enviará usted, si es que muero.

El argentino quiso reír, como si dudase de la posibilidad de su muerte, acogiendo tales palabras con gestos alegres... Pero desistió de su fingido regocijo al ver que el contratista continuaba hablando con voz grave.

—En el sobre más abultado encontrará usted una autorización en regla para que pueda cobrar sin dificultades lo que me debe el Gobierno, así como las sumas que tengo depositadas en los Bancos. A un hombre hábil como lo es usted, le será fácil enterarse, después de examinar estos papeles, del estado de mis negocios y del medio mejor de liquidarlos. También dejo un testamento en el que le nombro tutor de mi hija. Usted es el único que me inspira confianza. Aunque alguna vez se ha inclinado más del lado de mi adversario que del mío, eso no importa. Sé que es usted un joven «honesto», y le confío mi hija y mi fortuna: todo lo que poseo en la tierra.

Moreno se conmovió de tal modo por esta muestra de confianza, que hubo de llevarse una mano á los ojos. Luego se levantó para oprimir fuertemente la diestra del italiano, y con palabras entrecortadas fué expresando su voluntad de cumplir fielmente todo lo que le encargase. Juraba dedicarse al cuidado de la hija y la fortuna de su amigo si éste moría al día siguiente.

—Pero usted no morirá—añadió golpeándose el pecho—. Me lo dice el corazón.

Poco después de salir el sol, varios hombres fueron reuniéndose en una pradera de hierba rala vecina al río. Tenía por límite unos sauces viejos y con las raíces medio descubiertas que se inclinaban moribundos sobre la corriente, como si de un momento á otro fueran á dejarse caer en ella.

El lugar era triste. Como la luz se extendía á esta hora horizontalmente, casi al ras del suelo, las som-



seo, retrocedió al ver que Sebastiana le abría toda la puerta invitándole á pasar adelante. Tuvo miedo de encontrarse á solas con la marquesa en el salón. Su entrevista debía ser breve. Además, podía llegar el marido y le sería difícil explicar su presencia allí, cuando momentos antes había hablado con él en su propia vivienda.

—Es poca cosa lo que quiero decir á tu patrona... Será mejor que se asome á la ventana de su dormitorio.

Cerró la mestiza la puerta, y Robledo avanzó por la galería exterior, pasando ante diversas ventanas. Al poco rato se abrió una de éstas y apareció en ella la marquesa con la cabellera suelta y una bata colocada negligentemente sobre sus hombros, dejando al descubierto gran parte de sus brazos y de su pecho.

Se había vestido precipitadamente; parecía asustada, y antes de que Robledo la saludase, preguntó con ansiedad:

Acogió Robledo con un gesto de asombro estas palabras crueles.

—Aunque soy mujer—continuó ella—, no me asustan esos combates. Federico se batió una vez por mí, cuando estábamos recién casados. Allá en mi país varios hombres expusieron su vida por serme agradables, y jamás intervine para evitarlo.

Hizo una mueca de desprecio y añadió:

—¿Pretende usted que vaya á rogar á esos dos señores que no arriesguen sus preciosas vidas, para que después cada uno de ellos me exija algo á cambio de su obediencia?... Además, si interviniera en ese asunto, los dos van á creer, cada uno por su parte, que me inspiran gran interés, y ninguno de los dos me importa nada... Si se tratase de otro hombre, tal vez accedería á su ruego.

El español hizo un movimiento de cabeza al oír la palabra «otro» y vió por un instante la imagen de su asociado. Elena le miraba ahora con ojos compasivos.

ENEOP
BLICITA
1916

bras de las personas y los árboles se prolongaban con un estiramiento irreal.

Primeramente llegó Pirovani escoltado por Moreno y don Carlos, todos vestidos de negro; pero el contratista se distinguía de sus acompañantes por una levita nueva y solemne. La había recibido de Buenos Aires la semana anterior, á gusto de un sastre famoso, á quien encargó un vestuario completo igual á los que poseyesen los millonarios más elegantes de la ciudad.

Detrás de este grupo avanzó un viejo alto, enjuto de carnes, con la nariz violácea y granujienta de los alcohólicos y una caja de cirugía bajo el brazo. Era el médico que Rojas había ido á buscar la noche anterior en el pueblo más próximo.

Pasados unos minutos llegaron a la pradera Canterac, Torrebianca y Watson. El capitán y el marqués vestían largas levitas, menos flamantes que la de Pirovani, y corbatas negras; lo mismo que si asistiesen á un entierro. Watson llevaba simplemente un traje obscuro.

Luego de saludar Canterac ceremoniosamente desde lejos á su adversario y á los padrinos de éste, empezó á pasearse por la orilla del río. Fingía divertirse siguiendo con sus ojos el revuelo de los pájaros matinales ó arrojando piedras á la corriente. El contratista, que deseaba no ser menos que él, imitándole en todo, se paseó también junto á los sauces, mirando al río. Y así continuaron ambos, yendo y viniendo cada uno por la parte de la orilla que se había asignado, como si fuesen dos autómatas.

Torrebianca, al que todos cedían el primer lugar por su experiencia en estos lances, empezó á disponer los preparativos del combate. Pidió á Watson dos bastones que éste llevaba á prevención, y clavó uno en el suelo. Luego miró hacia el sol con una mano sobre los ojos, para darse cuenta exacta de qué lado venía la luz, y empezó á marchar, contando sus pasos.

—Veinte—dijo clavando en el suelo el segundo bastón.

Al reunirse otra vez con los padrinos sacó una moneda, y luego de escuchar á Moreno la arrojó en alto. Cuando cayó la pieza, el oficinista dijo á Rojas:

—Hemos ganado, don Carlos, y podemos elegir el sitio.

El marqués, que había traído bajo un brazo su célebre caja de pistolas, la dejó abierta sobre la hierba. Cargó las dos armas con minuciosa lentitud, sacando á luz de nuevo la misma moneda para que el azar decidiese por segunda vez. Al caer la rodaja de metal, se inclinó el oficinista para verla y dijo al estanciero:

—La suerte está con nosotros. También podemos tomar la pistola que más nos guste.

Después los padrinos de Pirovani fueron en busca de éste, para colocarlo junto á uno de los bastones escogido por ellos. El marqués y Watson condujeron á su apadrinado al lugar que marcaba el segundo bastón.

Mientras tanto, el médico procedía con cierto azoramiento á sus preparativos. Era la primera vez que presenciaba un duelo. Había abierto su caja de cirugía, y con una rodilla en tierra empezó á desenvolver vendajes, abrir frascos y examinar el buen funcionamiento de sus aparatos.

Quedaron frente á frente los adversarios. Canterac estaba rígido, con su rostro grave, pero inexpresivo, lo mismo que un soldado que espera la voz de mando. Pirovani tenía los ojos ardientes, miraba con agresividad, parecía furioso. Cuando se acercó Moreno con una pistola para entregársela, le dijo en voz baja:

—Va usted á ver cómo lo mato. Me lo avisa el corazón.

Peró olvidó su optimismo homicida, para añadir con cierta angustia:

—Lo que yo deseo es que me expliquen bien el tiempo de que puedo disponer para apuntar. No quiero equivocarme y que me tomen luego por un ordinario, incapaz de comprender estas cosas.

Conservaron sus pistolas los dos enemigos con el cañón en alto. Moreno se cuidó de abrochar los botones de la levita de Pirovani, que estaban sueltos. Luego le subió el cuello, para que no se viese el blanco de su camisa. Torrebianca examinó por su parte á Canterac. Estaba correctamente abrochado como un militar; pero su padrino le subió también el cuello de la levita. Los dos, antes de tomar su arma, se habían quitado el sombrero, entregándolo á uno de los padrinos.

Colocándose el marqués entre ambos, sacó un papel y empezó á leerlo con grave lentitud.

«... Segundo. El director del combate dará tres palmadas, y los combatientes podrán apuntar y hacer fuego á voluntad entre la primera y la tercera palmada.

Tercero. Si alguno de los dos hace fuego después de la tercera palmada, será declarado felón y descalificado inmediatamente.»

Pirovani, con la pistola en alto, avanzaba la cabeza y entornaba los ojos para oír mejor, acogiendo

con movimientos afirmativos cada palabra de Torrebianca. Canterac permanecía impassible, como un hombre que está escuchando algo que conoce sobradamente.

Siguió leyendo el marqués, y al fin guardó su papel, para hablar á los adversarios.

—Mi deber es dirigir á todos un llamamiento en pro de la concordia. ¿Es posible todavía una explicación entre caballeros?... ¿Quiere alguno de los dos presentar sus excusas al otro?...

Movió Pirovani con violencia su cabeza, haciendo signos negativos. El ingeniero permaneció inmóvil, sin que se alterase una línea de su rostro sombrío.

El marqués volvió á hablar, quitándose el sombrero con triste cortesía.

—Entonces, que empiece el lance, y cada uno cumpla como caballero.

Retrocedió unos pasos, pero de espaldas, sin perder de vista á los combatientes. Luego levantó una mano, preguntando si estaban listos. Pirovani hizo un movimiento afirmativo. Su adversario continuaba mudo é inmóvil. Separó el marqués sus manos para dar la primera palmada. Todo esto lo hizo con una lentitud que daba á sus movimientos cierta solemnidad trágica.

Los otros padrinos, colocados á alguna distancia de él, miraban con una emoción mal disimulada. El médico, que seguía arrodillado junto á su caja, levantó la cabeza con los ojos muy abiertos.

Torrebianca fué aproximando las manos y dijo lentamente.

—¡Fuego!... Una...

Los dos bajaron á un tiempo sus pistolas.

Pirovani, que sólo tenía en aquel momento la preocupación de no hacer fuego después de la tercera palmada, se apresuró á tirar. Su enemigo guiñó ligeramente un ojo y contrajo levemente la mejilla del mismo lado, como si hubiese sentido el roce del proyectil. Pero recobró inmediatamente su impassible fosquedad y siguió apuntando.

Volvió el marqués á dar una palmada, diciendo lentamente: «Dos.»

Al ver Pirovani que no había herido á su adversario y quedaba desarmado ante él, pasó por su rostro, como una nube veloz, la emoción del miedo; pero fué por un momento nada más. Luego, mirando á Canterac, que le seguía apuntando, cruzó sus brazos, apoyó en el pecho la pistola inútil y presentó de frente todo su cuerpo, con loca jactancia, cual si desafiase á la muerte.

Moreno se agarró á un hombro de Rojas, obligado por su ansiedad á buscar un apoyo. El estanciero apretaba los labios.

—¡Pucha!... Lo va á matar—dijo entre dientes.

Dió otra palmada el director del combate. «Tres.»

Un momento antes Canterac había hecho fuego. Todos corrieron en la misma dirección, menos el capitán, que permaneció inmóvil, con el brazo caído y la pistola todavía humeante en su diestra.

El contratista estaba de bruces en el suelo como una masa inerte. Los que corrían hacia él vieron en primer término la cúspide de su cabeza, y saliendo de ella un hilo de sangre que serpenteaba entre la hierba. Inmediatamente esta cabeza quedó invisible, pues todos se agolparon en torno al cuerpo caído, inclinándose para escuchar al médico, que lo examinaba con una rodilla en tierra.

Momentos después alzó éste su rostro para decir con balbuceos de emoción:

—Nada queda que hacer... ¡Muerto!

Viendo que Canterac se aproximaba al grupo para saber lo ocurrido, Torrebianca salió á su encuentro, cerrándole el paso. El gesto triste del marqués, antes que sus palabras, revelaron al ingeniero la verdad.

Su padrino juzgó necesario llevarse de allí, y le dijo imperiosamente que le siguiese. Al otro lado de las dunas aguardaba un carruaje, el mismo que había llevado á Elena la tarde de la fiesta.

Cuando este vehículo los dejó frente á la antigua casa del muerto, los dos quedaron con los pies vacilantes. Torrebianca no podía invitar á Canterac á que entrase en un edificio que era de Pirovani. El otro tampoco osaba dar un paso.

Estaban los dos inmóviles, sin saber qué decirse, cuando apareció Robledo. Debía estar rondando desde mucho antes por las inmediaciones de la casa para adquirir noticias. Al reconocer á Canterac le miró con una expresión interrogante.

—¿Y el otro?...

Inclinó la cabeza Canterac y el marqués hizo un gesto doloroso, que reveló á Robledo todo lo ocurrido.

Permanecieron los tres en silencio. Luego el francés dijo en voz baja:

—Mi carrera perdida; mi familia abandonada... ¡Y lo más horrible es que no siento odio alguno al pensar en ese infeliz!... ¿Qué será de mí?

Robledo era el único de los tres capaz de una resolución enérgica en aquel momento.

—Lo primero es huir, Canterac. Este asunto hará mucho ruido, y no puede taparse como una riña de boliche. Pase usted los Andes cuanto antes;

al otro lado está Chile, y allí puede usted esperar... En el mundo todo se arregla, bien ó mal; pero todo se arregla.

El francés habló con desaliento. No tenía dinero; lo había gastado todo en aquella fiesta, que ahora le parecía un disparate. ¿Cómo vivir en Chile, donde no conocía á nadie?...

Le tomó un brazo el español para tirar de él afectuosamente, llevándose de allí.

—Lo primero es huir—dijo otra vez—. Yo le daré los medios de hacerlo. Vámonos.

Canterac se resistía á obedecerle, mirando al mismo tiempo á Torrebianca.

—Quisiera antes de irme—murmuró—decir adiós á la marquesa.

Fué tan suplicante el tono con que hizo esta petición, que provocó en Robledo una sonrisa de lástima. Luego le fué empujando con una superioridad paternal.

—No perdamos tiempo—dijo—. Preocúpese de usted nada más. La marquesa tiene otras cosas en que pensar.

Y se lo llevó á su casa.

Durante todo el día el suceso mantuvo en continuo bullicio á los habitantes del pueblo. Muchos lo aprovecharon como un motivo para abandonar el trabajo. En la calle central se formaron numerosos grupos de hombres y mujeres, hablando acaloradamente, al mismo tiempo que miraban con hostilidad la casa que había sido de Pirovani. Los nombres de Torrebianca y su mujer sonaban tanto como los de los adversarios que se habían batido.

Entre las gentes del pueblo pasaron algunos gauchos amigos de Manos Duras, como si el reciente suceso hubiese extinguido completamente la hostilidad que existía entre ellos y los habitantes de la Presa.

A media tarde atravesó la calle central el mismo Manos Duras, mirando con interés hacia la casa. Algunas mestizas le hablaron, manifestando su indignación contra aquella señorona que perturbaba á los hombres. Pero el famoso gaucho encogió sus hombros, sonriendo despectivamente, y siguió adelante.

En el boliche le esperaban tres amigos suyos que vivían la mayor parte del año al pie de los Andes y habían venido á pasar unos días en su rancho. Don Roque, en otras circunstancias, se hubiese alarmado al conocer esta visita. Tal vez preparaban algún robo importante de «hacienda» para llevar las reses al otro lado de la Cordillera y venderlas en Chile. Pero ahora los personajes importantes de la Presa daban más que hacer al comisario que los gauchos dedicados al abigeato.

Al entrar Manos Duras en el «Almacén del Gallego», vió que el público era más numeroso que las otras tardes de trabajo, hablándose en todos los corros de la muerte del contratista. Mientras bebía de pie junto al mostrador, fué oyendo los comentarios de los parroquianos.

—Esa hembra—gritaba uno—es la que ha tenido la culpa de todo. ¡Qué mala p...!

Manos Duras se acordó de la tarde en que había visto á la marquesa por primera vez. Este recuerdo hizo que mirase con ojos agresivos al que acababa de hablar, lo mismo que si le hubiese dirigido una injuria.

—Dos hombres se han peleado á muerte por esa señora; ¿y qué?... Yo también estoy dispuesto á pelar mi facón y matarme con el primero que la insulte. A ver si hay un guapo que quiera pisarme el poncho.

Esta invitación á «pisarle el poncho» era un reto á estilo gaucho para el combate; pero después de un corto silencio los parroquianos empezaron á hablar de otra cosa.

Se asomó Torrebianca al atardecer á una de las ventanas de su casa, mirando con extrañeza los grupos reunidos en la calle. Su número había aumentado. El comisario de Policía, que acababa de regresar de Fuerte Sarmiento, iba entre ellos, hablando á unos y á otros para que se retirasen. Al ver al marqués en la ventana le saludó quitándose el sombrero.

Hombres y mujeres quedaron mirando al esposo de Elena fijamente, con una curiosidad hostil; pero nadie osó una demostración contra él.

Torrebianca no pudo ocultar su sorpresa ante la mirada inquietante de tantos ojos fijos en su persona. Luego se dió cuenta de una impopularidad que juzgaba inexplicable, y acabó cerrando las vidrieras con triste altivez.

Pasados algunos minutos abrió Sebastiana la puerta de la casa, apoyándose en una baranda de la galería exterior. Había sentido la atracción de aquella influencia de grupos, en los que reconoció á muchas amigas antiguas. Pero al verla las mujeres que estaban en la calle, empezaron á gesticular y á insultarla á gritos.

Ella, irritada por tan incomprensible acogida, acabó por responder en el mismo tono; pero abrumada al fin por la superioridad numérica de sus adversarias y viendo, además, que muchos hombres la ayudaban con sus risas y palabrotas, tuvo que

(Continúa en la página C)



Los niños se disputan este generoso Reconstituyente porque es agradable, abre el apetito, evita las enfermedades y combate rápidamente la debilidad y el raquitismo.

No deje usted de dar a sus hijos el excelente **Jarabe de**

HIPOFOSFITOS SALUD

Más de 30 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina
AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.
En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD

LEED

Hombre de amor Y Un hombre extraño

Dos volúmenes de 350 páginas cada uno, que contienen la emocionante vida dolorosa de un galán afortunado, escrita por el amenísimo novelista

El Caballero Audaz

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PEDIDOS:

Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



¿Vendrás esta tarde, Julia? Te espero con impaciencia para ir a comprar productos PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZAÍN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

LEA USTED
LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
50 cénts. en toda España

Misterios de la Policía y del Crimen

Pídase a la Administración
de esta Revista

Lea usted hoy sábado

La Novela Semanal

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse a Hermosilla, número 57.

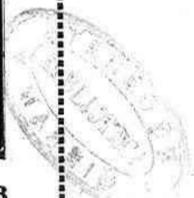
CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO



Cuando se dirigía en automóvil por la carretera de Batel á Dar-Drius, entre Amesdan y el Morabo de Sidi-Alt, fué agredido el pasado domingo 13 el coronel Lasquetty, prestigiosa figura de nuestro Ejército, jefe de la Policía indígena de Melilla. De las descargas hechas al automóvil resultaron muertos el coronel Lasquetty y el «chauffeur» que conducía el vehículo. En nuestra fotografía aparece el ilustre militar, en el campamento de Dar-Drius, conversando con varios jefes moros de Beni-Said que deseaban someterse á España

FOT. CAMPÚA



DE LA VIDA QUE PASA

FRATERNIDAD HISPANOPORTUGUESA

RECIENTEMENTE se han celebrado en Madrid varios actos que han testimoniado y sinceramente expresado simpatía y cariño por el pueblo lusitano, del cual tanto tiempo estuvimos distanciados ó, si queréis, unidos por la espalda, como se ha expresado con imagen gráfica y ruda.

En verdad os digo, hermanos míos de Portugal y de España, que era ya hora de que el pueblo lusitano fuese acogido con simpatía por el pueblo español, por el verdadero pueblo; esto es: por aquel conglomerado confuso de la voluntad nacional y del alma de la raza á que Maragall aludía en su interrogación conmovedora: «¿Por qué no sentimos todos pueblo?...» Y que Michelet, más afirmativamente, condensaba en esta otra pregunta, que lleva en su elipsis, implícita, una respuesta: «¿Es que no somos todos pueblo?...»

Estaban Portugal y España vinculados de esa manera extraña que se ha expresado tan gráficamente; y ahora, por fin, hemos roto el ligamento inverso y absurdo y hemos acabado con ese vínculo de hostilidad latente, único que nos unía, y nos hemos mirado frente á frente, á las caras, con valentía y con cariño, como dos hermanos que han estado enfadados por familiares rencillas y de súbito se encuentran y efusivamente se miran á los ojos, se comprenden y se abrazan emocionados...

Tal el caso de España con relación á su hermano Portugal. Los que hemos contribuido á esta labor con nuestras propagandas de diario, de revista, de libro, lenta, eficaz, perseverante, traduciendo á sus escritores primiciales, hablando de sus libros selectos, de las obras maestras de su literatura, de los tesoros de su arte y del encanto de sus paisajes y de sus costumbres, no podemos menos de sentirnos orgullosos...

Desde 1915 vengo empeñado en esta perseverante labor del *peninsularismo*. (No digo *iberismo*, como comienzan á decir ya los diarios de aquí, y es error notorio, porque *iberismo* vino á ser en Portugal mote de partido político, banderín de enganche, enseña y oriflama de aspiraciones naciona-

listas, de un lado, mal encubiertas, y de aspiraciones imperialistas, de otro lado, mal reprimidas...)

Conmigo han bregado en esta ruda tarea de redimir á Portugal en el concepto de España, otros escritores, muy pocos (los más de los que se titulan *Amigos de Portugal* son ahora advenedizos á este amor nuevo), muy pocos escritores de España; más bien algunos de Cataluña, tales el padre y maestro Maragall, luego Ribera y Rovira, Maristany; pocos más...

Mía fué la primera idea que lancé ante el cónsul general de su país en España, Excelentísimo Sr. D. Félix de Carvalho, de una Sociedad de

«Amigos de Portugal» que en 1918 le propuse, que ahora recientemente se fundó bajo la presidencia del ilustre señor conde de Romanones, y á la que pertenezco.

Me regocija, por lo tanto, cuanto en beneficio de Portugal y del consorcio hispanoportugués se acuerde y realice, y me siento verdaderamente emocionado ante el espectáculo de esta verdadera «semana portuguesa» que acaba de celebrarse recientemente con motivo de la visita de los estudiantes lusos, que, formando el Orfeón Académico de Porto y la Tuna aneja á él, han dado tres magníficos conciertos vocales de *cantigas* populares y composiciones portuguesas, así como de los genuinos *fados* y guitarradas...

El Teatro Español se ha visto colmado de un público entusiasta, que les ovacionó cálidamente, en tanto ellos saludaban alzando al aire sus gallardas capas de estudiante, sus *batinas* románticas, que tienen el prestigio de la tradición universitaria, sobre todo de la tradición de Coimbra, *alma mater* de la cultura portuguesa, de aquella «Coimbra encantada y fantástica de mi tiempo» que evocaba el glorioso, el inmortal Eça de Queiroz...

Estos dos conciertos en el Español y el concierto más popular aún, más efusivo en el Retiro, que los estudiantes portugueses brindaron al pueblo de Madrid en las tardes del 15, 16 y 18 de Mayo, fueron realmente una consagración del genio popular de la raza lusitana y un acercamiento efusivo á la raza hispánica...

El pueblo de Madrid sintió emotivamente la confraternidad con estos estudiantes románticos que tienen una tradición de música y de poesía en su historia...

Y las sentimentales burguesitas madrileñas sonreían cariñosamente desde los palcos á estos mozos de tan gallardo porte y tan airosa postura que entonaban los *fados* doloridos y las *cantigas* populares de su país...

¡Sonreían, como se sonríe á un hermano menor á quien se ha perdido de vista siendo niño y á quien se vuelve á encontrar á los veinticinco años!...

Á UN PINO DE LA CALLE DE ALCALÁ

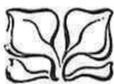


He aquí que, en medio de la noche, encuentro un amigo, un hermano...
(¡Oh, montes de mi tierra!
¡Oh, bondadoso paisaje galiciano!)
Al borde de la acera, crece un pino...
Crece un pino lejano...
Al borde de la acera populosa,
hay un pino romántico...
Tal vez ni el que lo puso ó el que ha mandado ponerlo, dar pudieran noticia de su hallazgo...
Lo cierto es que hay un pino,
que hay un pino romántico

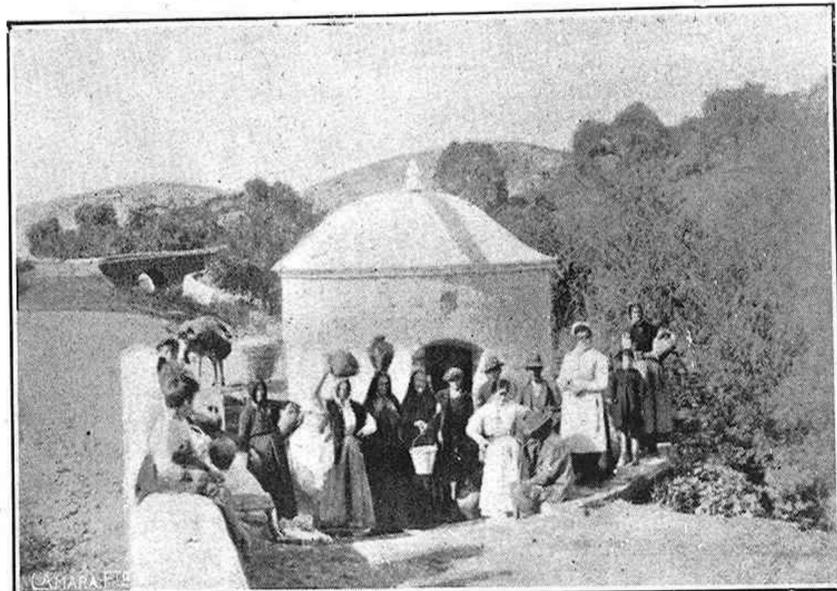
(¡Oh! ¡Dadme, por favor, el bello pino!...
¡Yo quisiera llevarmelo!...)
al borde de la acera ciudadana,
creciendo en el asfalto...
Me detengo bajo él... Pienso un momento:
«¿Qué mano misteriosa lo ha plantado?»
Han llorado sus ramas, y yo he oído
musitar algo... Un algo
que no puedo decir... (Su voz tenía
dolor de desterrado!)

DIBUJO DE VERDUGO LANDI
Xavier BÓVEDA

A. GONZÁLEZ-BLANCO

PUEBLOS TÍPICOS DE ESPAÑA  A L O S N O

El Cementerio del Alosno, que tanto difiere por su belleza ante la admiración del viajero con los cementerios de otros pueblos rurales



Grupo de aguadoras en el Pozo de arriba, ya reformado, que parece imitar un paisaje bíblico

EN aquel rincón marítimo y minero, entre la traficadora Huelva y la mineril Tharsis, se eleva la roca del Alosno, nido de águila, como un promontorio volcánico, como una ciudadela de conquistadores, de aventureros de Calabria y negociantes de Salónica.

Cuando llegáis a su estación, de la línea minera que explotan los ingleses, aparece el Alosno, allá en su roca, como algo legendario y bello, pero inaccesible ¡y tan solitario!

Mas, de pronto, un campesino os ofrece una hermosa yegua de alquiler. Mas, vosotros no sabéis el camino ni cabalgar. Mas, no importa. Basta con que déis el estipendio de una peseta al hombre que os alquila la cabalgadura; que el hermoso animal, amaestrado a ir solo con su carga y acompañado únicamente de otro guía, que es un perrazo de caza, entre mastín y pachón, os conducirá al Alosno, sorteando los accidentes del camino; y el perro conductor—¿para inspiraros valor y confianza en aquellas soledades?—ladrará y saltará alegremente y os lamirá los pies sobre los estribos, y tirará incluso del roncal, al que mordisquea jugueteando, como si fuérais antiguos camaradas.

Y ya estáis en la silenciosa y dominadora altura de este original pueblo, pueblo de nómadas y empresarios de todas las empresas, corredores de mundos y jugadores de buena ley, desde la vida a la fortuna. Y sentiréis cómo el silencio se os impone y casi se hace visible y sensible. Y no creeréis entonces que os encontráis en la cuna de los ruidosos fandanguillos y de las armoniosas cancioncillas, de las famosas *alosneras*, que han salido ya de los vulgares tablados del cante flamenco provinciano y van invadiendo los escenarios de fuste, según ya las cantan y bailan nuestras más artísticas bailarinas y cancionistas nacionales.

¿Y qué gentes aventureras, más astutas que belicosas, situaron en tan raro aislamiento este acastillado y encastillado pueblo, que no tiene la situación guerrera de tantos otros pueblos españoles, y que conserva todavía su postura y su espíritu a la defensiva, defensiva de mercader más que de guerrero, de fenicio más que de romano, por su aislamiento acometedor; emprendedor y luchador?

Cetrinos, menudos y ágiles, algo portugueses por su arrojo, algo italianos por músicos y algo hebraicos por negociantes, los hombres del Alosno se expatrian y van en busca de la suerte con tanto tesón como acierto. Y, quizá a su pesar, son inconfundibles de tipo y maneras, de pies a cabeza. Del Alosno eran todos los consumidores de España. Hombres del pequeño negocio, sin distinción de clases, llegan al gran negocio.

¿Qué los impulsa? ¿Quién los enseña? Tal vez aquella paz de altura y tan de muerte, aferrándolos a la vida, sea su maestra y su motora.

¡Y cómo guardan el amor a la tierra, a la que retornan ya potentados!

Vuelven, sí, a continuar sus canciones, a bailar sus fandanguillos tan mímicos y evocadores. Vuelven a continuar la historia de sus abuelos en sus costumbres patriarcales y en los ritos de sus fiestas. Cantan y bailan en el día y la noche de San Juan, con su típica feria que es más de alegrías populares que lonja de contrataciones. Y, siguiendo el ritual de la superstición de esta noche tan andaluza, irán a lavarse, bajo el auspicio de la luna o de los luceros, si no la hay, en las fuentes legendarias que brotan, como cristal diluido, de la tierra.

Pero, ¡qué tristeza hay en todo aquello! ¿Es de la vida errante que llevan sus hombres, tan inconfundibles en su mismo aspecto facial? Recuerdo que, encontrándome en el Círculo Mercantil de Huelva cierta tarde de reunión familiar, me extrañó la traza de un hombre que atraía la curiosidad de un grupo que lo cercaba y escuchaba. Y pregunté quién era. Y me dijeron: «Es un alosnero que viene de Italia, donde posee una fábrica. Y está contando su entrevista con Nitti. Porque su fábrica es una de las que se han incautado los obreros.»

Y ese es el hombre del Alosno. Mientras, sus mujeres parece que son las obligadas, las predestinadas a guardar la pureza de las tradiciones y a ser el contrarresto, con sus tristes y adorables antiguallas, de las modernidades que los hombres pudieran traer al pueblo de sus correrías por esos mundos. Aunque ellas también participan de la pasión de sus hombres por la negociante aventurería. Ellas también saben enviar su dinero a los negocios. Una familia de mujeres solas—la que me hizo ofrenda de estos ejemplos fotográficos que ellas compusieron—, se me estuvo lamentando y preguntando por cierta Empresa de Madrid, en la que pusieron la plata de sus ahorros.

He aquí, pues, un pueblo típico de España, capaz él solo de imprimir una imborrable personalidad a toda una nación.

Pero sobre todos sus tipismos os de raza con-

quistadora, está o sobrevivirá a todo el espíritu creador de sus célebres *alosneras*, que tienen el ritmo egipcio, la gracia helénica y el sensualismo doloroso del árabe: Andalucía pura.

Andalucía, sí, ya chancen con sus *alosneras*, cantando y bailando, y digan:

Los minerillos de Tharsis,
cuando tienen un real,
lo cambian en perras chicas
para que les suenen más.

Ya tomen motivo para expresar sus celos amorosos y sus inocentes rivalidades, en los nombres de los pueblos comarcanos, y digan:

Cabezas Rubias y el *Cerro*
tienen los pastos comunes,
y yo los tengo contigo
sábado, domingo y lunes.

Castillejo, tente firme,
que ya el *Almendo* cayó;
la *Puebla* quedó temblando
del susto que recibió.

Ya digan sus jactancias:

Cuando me monto en mi jaca
y en mi caballo andaluz,
me río de tus quereres.
A mí no me engañas tú.
A mí me sobran mujeres.

Y expresen su galante ternura y digan:

Chiquitilla y tiene luto.
Dime quién se te murió.
Si es que se ha muerto tu amante,
no llores, que aquí estoy yo.

O aquella brava copla que ha popularizado una cancionista actual, que dice:

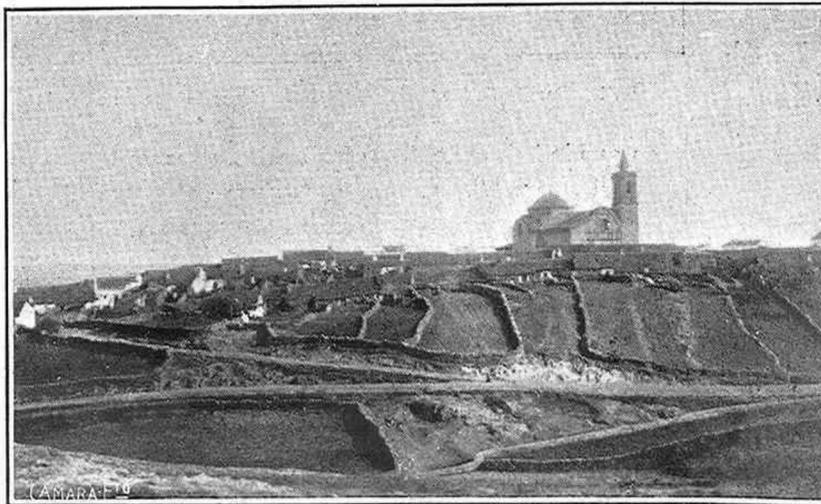
Contrabandista valiente,
¿qué tienes, que tanto lloras?
Se me ha muerto mi caballo.
¡Ya se acabaron mis glorias!

O ya digan graciosamente sus desprecios y aprecio, como en estas dos coplas finales:

Mi caballo y mi mujer
se me murieron a un tiempo.
Mi mujer, ¡Dios la perdone!
¡El caballo es lo que siento!

En esta calle anda un guapo
que se la da de valiente.
Con su cuchillo de caña
anda asustando a la gente.

Coplas que yo he recogido a viva voz, en una noche de fiesta, en el propio solar alosnero...



Vista del Alosno

FEDERICO NAVAS

CATEDRALES ESPAÑOLAS

SANTIAGO EL MAYOR

EN Bothsaida, pescando en la barca de Pedro, le halló Jesús cuando, merced á su consejo milagroso, se logró tan copiosa pesca. Le llamó después Boanerges—que significa *hijo del trueno*—, y pronto Santiago abandonó á sus padres, Zebedeo y Salomé, para seguir, en unión de su hermano Juan, al divino Maestro.

En unión también de su hermano y de Pedro fué uno de los tres elegidos por Jesús para que le acompañase en la amarga noche del Huerto de los Olivos, y, luego de la resurrección, se retiró á Galilea y volvió á Jerusalén antes de Pentecostés, donde recibió la divina llamita del Espíritu Santo con los demás Apóstoles.

Se cree que Santiago fué el primero que salió de Judea á predicar el Evangelio á los judíos dispersos, y sobre ello hay datos y opiniones contradictorias; pero, sea como fuere, él volvió á Judea, y tanto se señaló en su celo cristiano, que los judíos consiguieron de Herodes Agripa su sentencia de muerte. Murió degollado en el año 44 de nuestra Era, siendo el primer mártir entre los Apóstoles.

Muchos de nuestros historiadores, fundándose en bellísimas y antiguas tradiciones, sostienen que ocho años antes de su muerte, dándose á la vela en el puerto de Joppe, hoy Jafa, desembarcó en Cartagena y fundó en nuestra Península la Iglesia católica. Comenzada su predicación por España, escapó milagrosamente de la persecución de los judíos granadinos, refugiándose en Galicia, en una villa llamada Ira Flavia, que es la actual Padrón.

Habiendo decidido regresar ya á Jerusalén, al pasar por Zaragoza y estar orando una noche á la orilla del Ebro, se le apareció la Virgen—que aún vivía—sobre un pilar, ordenándole que fundase en aquel lugar una capilla. De España salió, en unión de siete de los discípulos que aquí había logrado, quienes, luego de su glorioso martirio, trajeron su cuerpo á nuestra Península, depositándole en la villa de Ira Flavia y luego en una quinta más al Norte, que con el tiempo se llamó Compostela.

Abderrahman, emir de Córdoba—continúo refiriéndome á las antiguas tradiciones—, pidió al Rey de Asturias Ramiro I el tributo de las cien doncellas que le había prometido su antecesor Mauregato por la ayuda que el musulmán le prestó para su exaltación al trono, y negándose el monarca cristiano á tal tributación, se provocó un encuentro que dió origen á la tan discutida batalla de Clavijo, en la que el santo Apóstol, aparecido sobre un caballo blanco y empuñando un estandarte católico, luchó al lado de las huestes de Ramiro, causando la derrota de la morisma.

Después de concienzudos estudios, luego de muy eruditas investigaciones en pro y en contra, parece fuera de toda duda la inexactitud de semejante hecho, como igualmente el del tributo de las cien doncellas.

A principios del siglo IX, siendo obispo de Ira Flavia Teodomiro, un ermitaño llamado Pelagio ó Pelayo dijo haber visto unos resplandores extraños al pie del monte Libradón, y allí fué el obispo, con gran séquito, guiado por una estrella que aparecía sobre el monte. En este día—25 de Julio del año 812 ú 813—se descubrió en aquel lugar una cueva donde yacían los restos del Apóstol y de sus discípulos Atanasio y Teodoro.

Puesta la noticia en conocimiento del Rey Alfonso II, éste mandó elevar en aquel sitio una iglesia, á la que hizo donación de los terrenos inmediatos, y pronto surgió de ellos una ciudad llamada Compostela, nombre que procede, según unos, de *Campus Stellae*, por la estrella que guió al obispo, y según otros de *Campus Apostoli*, ó Campo del Apóstol.

Sobre esa antigua edificación se ha elevado después la magnífica catedral que hoy se admira tan justamente por el valor que posee en multitud de detalles, entre ellos el admirable pórtico de la Gloria, maravilla de esta basilica, prodigiosa escultura debida al maestro Matheo, y una de las glorias del arte cristiano, aunque también hay otras obras meritísimas en los varios estilos y debidas á los diversos arquitectos que cooperaron en esta magnífica edificación. Bajo la capilla mayor está la cripta, que conserva el enterramiento del Apóstol, en el auténtico locu-



La basilica de Santiago de Compostela y puerta que da entrada á la cripta donde está el sepulcro del Apóstol

lo en que lo halló el obispo Teodomiro, pues ya queda registrado el que la actual basilica se eleva sobre la primitiva iglesia.

La fotografía que ilustra este artículo reproduce el lado del edificio, por donde se ve, en su primer cuerpo, la puerta de entrada á la cripta, panteón del venerado patrón de España.

De muy antiguo datan las peregrinaciones á ese lugar de Compostela, que era como la Meca cristiana en algunos siglos, en los cuales á él acudían los peregrinos de todo el orbe cristiano, y no sólo en la tierra tenía su calzada especial, su vía importante en la Península, sino que, alzando los fieles al cielo los ojos, denominaron *Camino de Santiago* á la Vía Láctea,

por trazar en el firmamento la ruta de Compostela.

Llenas están las antiguas historias con detalles de aquellas importantes peregrinaciones, cuyo camino estaba sembrado de religiosas hospederías para el alivio de los devotos peregrinos, cuyo anhelo ferviente no se veía satisfecho hasta hallarse bajo las bóvedas de la basilica, frente al gran *botafumeiro*, esa mole de plata maciza que, pendiente de la cúpula, describe un inmenso arco de extremo á extremo de las naves del crucero, como si fuese la encargada de ir recogiendo las oraciones de todos y elevarlas á la altura en las vedijas perfumadas del humeante incienso.

JULIO HOYOS

LA ALEGORIA DEL VERANO

TODAS las alegorías del tiempo son interesantes, y antes nos recordaban lo que sintetizaba cada fecha y lo que de sentimental y admirable había en ella.

Como al principio de cada letra en los grandes Diccionarios hay una síntesis gráfica de palabras que principian con B ó con P, que despiertan muchos recuerdos de cosas, así al principio de cada estación hacían bien en someter á una concentración simbólica todos los episodios de la temporada.

Las alegorías del invierno eran enternecedoras, y ya las exhumaré en su día. Hoy es á las del verano á las que las toca.

El verano ha tenido para nosotros en esas alegorías evocadas en distintas revistas esa sensación de sol y sombra que lo caracteriza y esa cosa de fiesta campestre que tiene.

Una mujer con una hoz se destacaba siempre en estas viñetas, y bajo el brazo llevaba un haz de espigas, como si se hubiese quitado el corsé y lo llevase de esa guisa.

Las cestas de frutas y los hombres que se suben á un árbol como á un tejado para vendimiar los árboles, daban una idea de ese acopio de exuberancia frutal que caracteriza al verano.

También se toca en esas alegorías la nota apasionada, y se ve muchas veces en ellas á esos enamorados que han buscado un rincón sombrío del bosque, aunque muy á pique de que les dé el sol, para decirse sus ternezas. El rubor de ella es más fuerte bajo el bochorno del verano.

Todo el tipo del verano, adornado de finas lentejuelas de sol, estaba en esas alegorías en que el dibujante componía un bouquet de dibujo de adorno, mezclado á paisaje y á dibujo de bordado.

Esos grandes dibujos, llamados «alegorías de la estación», se pagaban mejor, y eran un encargo solemne.

—Usted puede ir preparando la alegoría del verano—decía el director á su mejor dibujante cuando ya la primavera iba á acabar.

Y el dibujante tomaba su mejor cartulina, y en vano intentaba renovar las imágenes antiguas de cada estación. No podía ser, y volvía á incurrir en los mismos tópicos, intercalando algunas novedades: unos pajaritos, unas calabazas, un gran pepino, unos sorbetes orgullosos.

El dibujante repasaba la concepción panorámica del verano, y, entre otras cosas, encontraba que con el producto de la doble plana se compraría un traje blanco para



«Alegoría del verano», por Comba
(De un grabado antiguo)

el verano, aquel verano «sansebastianesco del Madrid de entonces».

Ha habido cosas que los dibujantes del verano no han podido meter en la gran orla de la alegoría, cosas que, sin embargo, caracterizan el verano: el canto, el croar numeroso de las ranas en los jardines con acequia ó estanque; el cínife sutil en el aire ó la moscarda dentro de la pantalla, produciendo un ruido sordo, parecido al de una mosca enterrada entre papeles y queriendo salir; el saltamontes que ha entrado de pronto y que da saltos sin prevenir que los va á dar, sin que se note que ahora es, sin terror, con impassibilidad inglesa, con automatismo rígido; el moverse de las acacias á las siete de la mañana del día, como si el día fuese á ser fresco, cuando será muy caluroso.

Todas esas cosas debían figurar en la alegoría del verano; pero no hay medio de representarlas en su ruido, su gesto ó su movimiento.

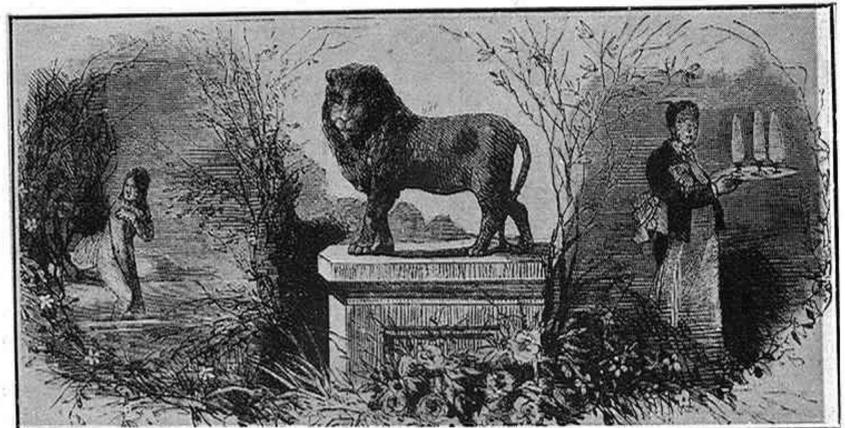
La alegoría del verano les sugiere algo, y, sobre todo, á cada uno le recuerda un momento peculiar é intenso: á mí aquella tarde de Agosto en que me dejaron solo en el hotelito veraniego y se me escapó una gallina y yo corrí detrás de ella gritando como un loco, porque no me quedaba otro remedio que lograrla pillar, porque no hubiera podido soportar la responsabilidad de haberla dejado escapar; y también aquel otro día que me quedé bajo el sombrío de una quinta de campo metiendo moras en varios cartuchos ya gastados que había logrado coleccionar.

Toda esa emoción del verano, que parece más honda y terrible que lo que después es, resultaba más duradera frente á la alegoría.

Al estar ya bajo el pleno sol y pasando por los viales de árboles en que la sombra está repartida como por una regadera, notamos que el verano es breve, aunque deslumbrador.

La alegoría del verano hacía veranear antes á algunos, haciéndose buscar en el campo lo que aparecía en la viñeta, y cuando tocaba el año de la viñeta de pasión, de los dos enamorados sentados en la hierba con la sombrilla y el bastón dejados caer á su lado como remos que descansan mientras los novios se besan en la barca que va á la deriva, bastaba á los amantes irse á la Moncloa, llena de almohadones toda ella, aunque, como sucede cuando á los almohadones se les sale la lana, se levanta la pareja llena de los escaramujos y los «puercospinillos» vegetales.

Ramón CÓMEZ de la SERNA



«Alegorías del verano», grabados publicados en antiguas revistas madrileñas

El Museo Diocesano de Valencia



Virgen gótica italiana labrada en mármol



Una casulla gótica y otra del Renacimiento, con otros bordados antiguos



Virgen gótica de piedra policromada

VALENCIA cuenta ya con Museos tan importantes como el Paleontológico de Botet, instalado por el Ayuntamiento en el antiguo Almudín, y su colección de fósiles antediluvianos es la más notable de Europa; el de Bellas Artes de la Real Academia de San Carlos, Museo provincial de Pintura y Arqueología; el Anatómico de la Facultad de Medicina, y el de Historia natural de la de Ciencias, dependientes ambos de la Universidad, los del Instituto y Seminario, y numerosas colecciones particulares de indudable mérito.

Pero ahora hay que sumar un Museo más, que no irá en zaga a los anteriores en cuanto a mérito e interés artístico. Me refiero al nuevo Museo diocesano, instalado en los salones altos del Palacio Episcopal, junto a la biblioteca, y próximo ya a abrir sus puertas al público, en solemne inauguración oficial del mismo.

El Excmo. Sr. D. Enrique Reig Casanova, Reverendísimo Arzobispo de Valencia, que durante su episcopado en Barcelona dejó allí como grato recuerdo un museo de arte cristiano retrospectivo, no ha querido hacer menos en su patria chica, en la ciudad de las flores, que es también el país del arte en España. Y con un acierto poco común y con una actividad inconcebible, acaba de reunir una colección de valiosos objetos, en la que no sabemos qué admirar más, si su número o su calidad.

No pretendo aquí catalogarlos, porque la mera enumeración de objetos llenaría un espacio de LA ESFERA de que no me es dado disponer; ni menos aún hacer su crítica, pues me falta competencia para ello. Pero sí deseo ofrecer a los lectores las primicias de unas notas interesantes por el asunto y por lo inédito; pero sin descender totalmente el velo, para no pecar de indiscreto. Alguna sorpresa hay que guardar para el acto de la apertura.

La pintura y escultura son los principales elementos constitutivos del Museo.

Cinco retablos góticos completos y gran número de tablas de los siglos XIV al XVI patentizan la labor admirable de los primitivos valencianos. Sobre todo, descuella una gigantesca madona cuatrocentista,

más que de tamaño natural, bajo la advocación de la «Virgen de la Leche», tan gráficamente representada en aquellos tiempos subsiguientes a la Reconquista, y hoy ya en desuso.

El mejor conservado es un retablo gigantesco procedente de San Juan del Hospital, y que sin duda fué bien limpiado, á juzgar por la brillantez del colorido. Entre sus tablas, aparte de la central con los santos titulares, descuella la cuadrada que la surmonta, con la aparición de Jesús resucitado á su Madre y los Apóstoles, y el obligado calvario de la espiga. Las cuatro tablas laterales con la Asunción, Pentecostés, la muerte de la Virgen y el nacimiento de Jesús. Las cinco de la predela con escenas de la Pasión de Jesucristo. Y las de la polsera con imágenes de San Cristóbal, San Sebastián y otros santos.

En el extremo opuesto del salón grande vi otro retablo de artesa más modesto en mérito y asuntos. Y entre ambos, otro ya de principios de la centuria décimasexta; más el ya célebre de la Ollería; célebre, no ciertamente por su valor,

sino por lo que costó el traerlo al Museo Diocesano. En el salón contiguo ó de en medio, queda otro retablo gótico, pero de menor interés.

En tablas sueltas hay algunas cuatrocentistas y muchas del siglo XVI. Son curiosas dos de ellas, de San José y de la Virgen con el Niño, que llevan coronas de plata antiguas sobrepuestas ó clavadas en las tablas. Proceden de la capilla parroquial de la Seo valentina.

Ya del siglo XVI se conserva: un magnífico tríptico pequeño, en cuya tabla central aparece Jesús mártir sangrando en el cáliz; y en el interior de las puertas grupos representando la flagelación y el descendimiento de la cruz. Es una valiosa obra de arte, procedente del Monasterio de monjas servitas de Sagunto. Y tres tablas grandes de lo mejor que pintó Pablo de San Leocadio, de las monjas clarisas de Gandía.

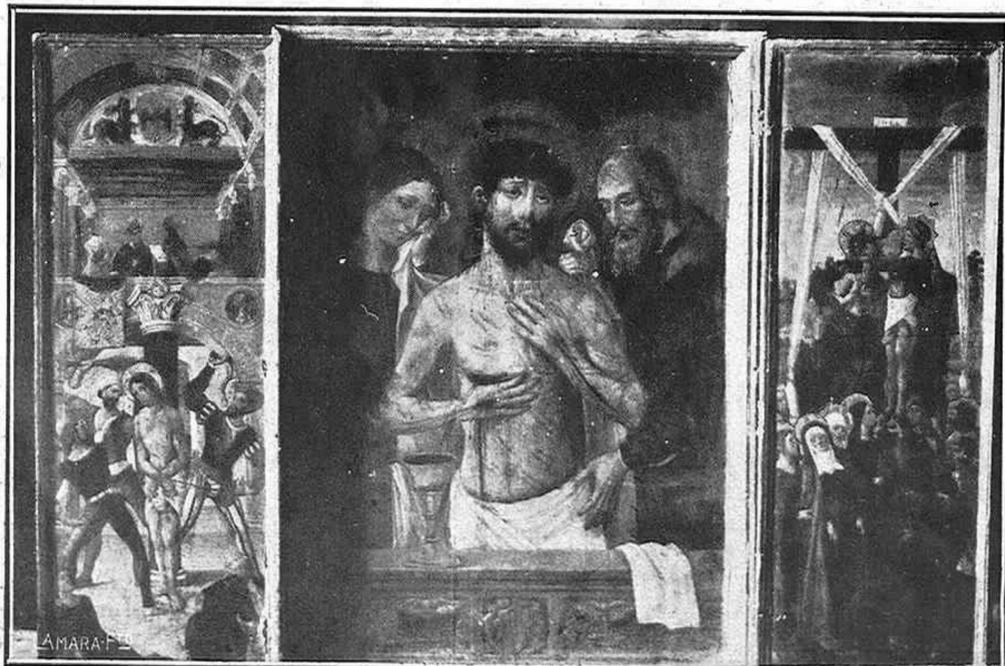
De Sagunto también trajeron unas pinturas sobre pergamino: varios libros de coro muy grandes con iniciales miniadas, viñetas y adornos en policromía, y otro de las monjas oblatas, las cuales también cedieron varias tablas góticas. Y de la arciprestal de Santa María es una bula pontificia del siglo XIV con notabilísimas pinturas muy bien conservadas.

En el testero de fondo del tercer salón hay un retablo esculturado de prolija labor y bellas proporciones, renacentista, procedente de Agullent.

Y ya metidos en el tema escultórico, hay que citar, en primer lugar, los capiteles románicos, verdaderamente monumentales, historiados con caprichosos adornos y fantásticos animales. Estaban semiocultos en los ventanales del primitivo Palacio Episcopal.

Labradas en mármol hay varias estatuas de la Virgen María. Una grande, policromada, que la representa sentada con su Hijo en la rodilla. Y otra más pequeña, en blanco Carrara, arte italiano del siglo XV, contemporánea de la anterior y procedente de Petrés.

Talladas en madera vemos en el Museo muchas esculturas marianas. La más esbelta—tamaño natural—, pero despin-tada por haber permanecido varios años a la intemperie, es la de Olocan. Es gótica, y



Triptico del siglo XVI, procedente de las monjas de Sagunto



Retablo esculpado y tablas góticas

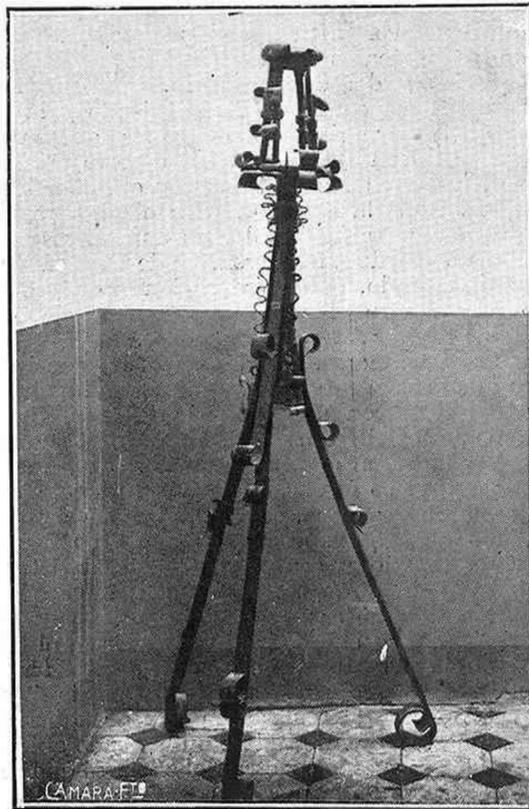


Retablo de San Juan del Hospital (siglo XV)

creo procede de la ex cartuja de Porta Coeli. Otra, ya más moderna, aparece sentada entre ángeles y dando el pecho á Jesús. Estuvo en Marchalenes. Renacentistas y barrocas, vi muchas esculturas de San Miguel, Santa Ana, San Juan Bautista (deliciosamente labrado en marfil); un Gestas gigantesco agonizando en la Cruz. Y muchas otras en el salón de entrada, destinado á imaginaria religiosa. Entre todo lo de esta sección destaca un relieve de la Virgen en piedra blanca.
De orfebrería está pobre todavía el Museo.



Virgen renacentista bordada en oro y seda, en el escapulario de una casulla de Montesa



Antiguo candelabro de hierro

Aparte de algunos relicarios y pequeños objetos de las vitrinas, sólo hay una colección de platos de cobre repujado, con figuras en el centro y ornamentación ó leyendas en los círculos ú orillas.

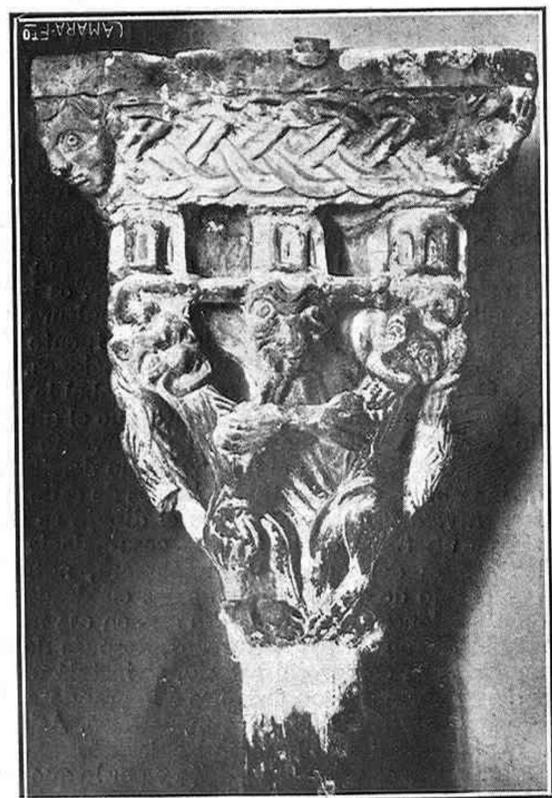
Pero debo hacer especial mención de una bellísima arqueta gótica de hierro procedente de Onteniente.

En bordados, lo poco que hay es de gran mérito: una casulla gótica de Valencia (parroquia de San Nicolás) y otra del Renacimiento enviada desde Montesa, ambas con la casulla borda-

da de imaginaria, lo mismo que un artístico capillón que representa la Virgen María, y dos tiras bordadas del siglo xvi.

Y enfrenamos ya la pluma para no anticipar demasiado de lo que ha de motivar en Valencia un acontecimiento artístico y un aplauso sincero y cariñoso para el Reverendísimo Dr. Reig Casanova—ya Primado de las Españas—, el mismo día, ya cercano, de su recepción solemne en nuestro Centro de Cultura Valenciana.

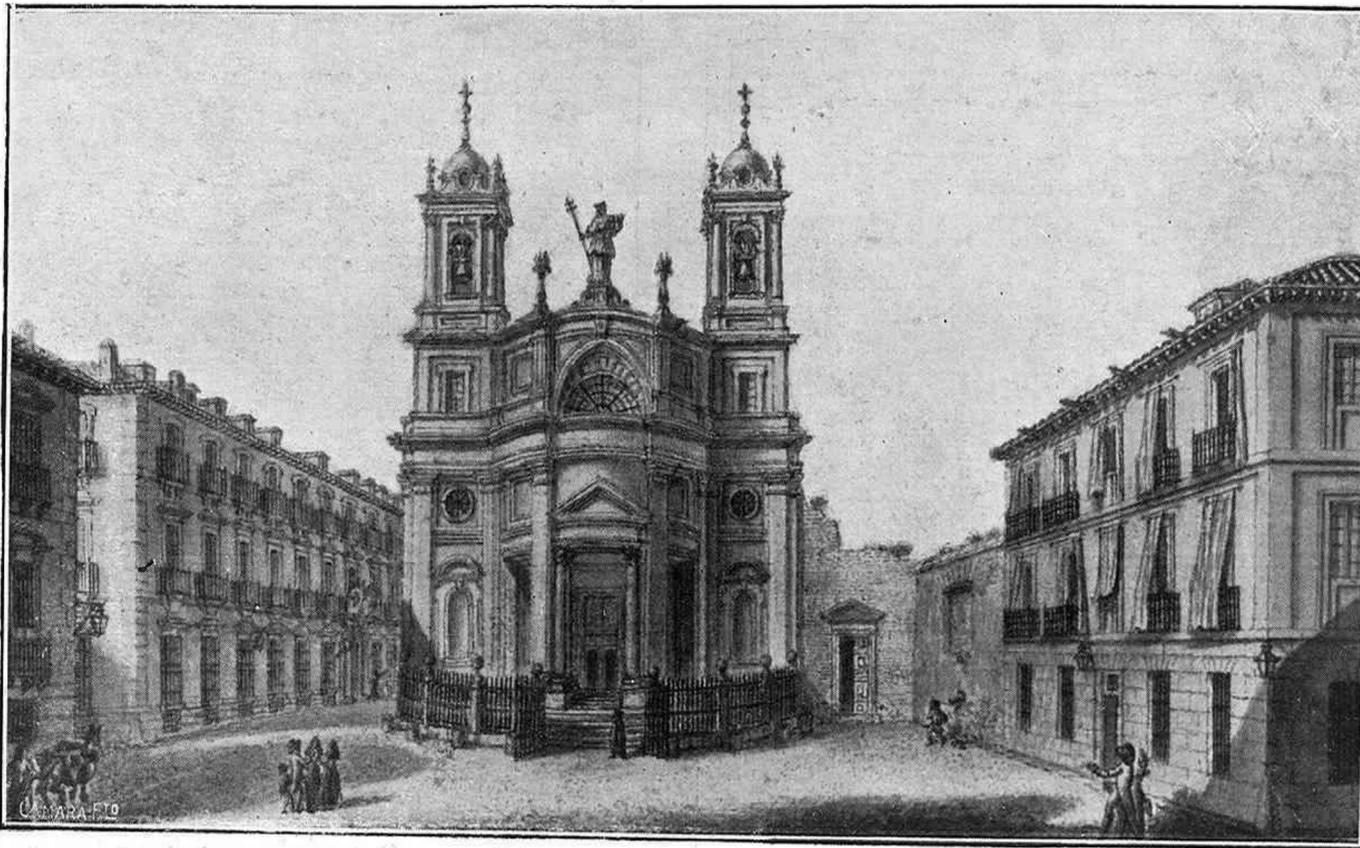
DR. CARLOS SARTHOU CARRERES



Capitel románico del primitivo Palacio Episcopal
FOTS. SARTHOU



La Plaza de los Mostenses en la Exposición de Dibujos



Vista de la iglesia de San Norberto, de Madrid
Dibujo de José Gómez Navia, de la colección de D. Félix Boix

HABÍA en la penúltima sala de la Exposición de Dibujos originales un cuadrito (0,180 de ancho; 0,110 de alto), señalado con el número 153, y que tenía este título: «Vista de la iglesia de San Norberto, de Madrid. Lo dibujó á la pluma y á la aguada el grabador D. José Gómez Navia, natural de La Granja, y discípulo de D. Manuel Salvador Cardona.» Es el cuadrito la única reproducción gráfica de la Plaza de los Mostenses, tal y como estaba antes de 1810.

No había visto el interesante dibujo, que oculta una palmera. Me lo hizo ver y apreciar el señor Tormo en la conferencia-paseo que dió en la Exposición el jueves 22, para deleite de todos y enseñanza para mí. San Norberto se lo pague.

En el cuadrito está dibujada la fachada del templo de San Norberto, iglesia del convento de los canónigos premostratenses que da nombre á la plaza. San Norberto daba frente á la calle de la Inquisición, después de María Cristina y hoy (ya hace tiempo que se llama así) de Isabel la Católica. Era la mejor obra de D. Ventura Rodríguez, el famosísimo arquitecto neoclásico, gloria de Ciempozuelos, su pueblo natal, y de Madrid, donde vivió, trabajó y murió. Si se compara la fachada de San Norberto con la de San Marcos, hay que dar la razón á los que proclaman la iglesia de los premostratenses como la mejor obra de D. Ventura; pero el aserto es difícil de admitir si se compara con el palacio de Liria. Sea ó no la mejor, es bella aquella fachada que corona una escultura labrada por el autor del Apolo de la fuente del Prado que llaman de las Cuatro Estaciones. La iglesia que da frente á la calle de Isabel la Católica hace suponer, sin otro dato que el dibujo de Gómez Navia, que templo y convento formaban un *tapón* cual el no ha mucho derribado en la Cabecera del Rastro, rodeados de callejuelas, travesías y callejones. En el dibujo se distingue un trozo de la famosa casa-palacio de los condes del Aguila y Trastamara, notable por el lujo de sus cuartos ó salas cuadradas y demás salones y por los bailes que en esa mansión se dieron en 1831. Narváez, después de su matrimonio, compró el palacio, se instaló en él y dió también suntuosos bailes á la grandeza, al generalato y á los políticos moderados. Asistió á alguno de ellos la Familia Real.

Por lo que se ve en el cuadrito y por lo que explicó el Sr. Tormo podemos hacernos cargo de que la casona de Trastamara ocupaba la manzana que forma la calle de la Flor Baja, un trozo

de la Travesía del Conservatorio, la calle de San Cipriano y la Plaza de los Mostenses ó la desembocadura en una plazuela de la calle de Isabel la Católica. Casas habitadas, solares y el cinematógrafo de la Flor veremos hasta que se construya el tercer trozo de la Gran Vía, en la que fué casa de Trastamara y del general Narváez.

Gómez Navia dibujó un palacio que subsiste, que puede ver quien guste. Es la casa de la plaza de los Mostenses con vueltas á las calles de San Cipriano y del Conservatorio. Fué esta finca mansión del conde de Revillagigedo y la dan cierto sabor histórico el haber aposentado en 1822 ó en 1823 el castillo ó torre principal de los Comuneros de Castilla y el haber instalado en ella la Reina Cristina el Conservatorio de Música. La Sociedad «Los Comuneros» ó de Hijos de Padilla, fué invención de D. Bartolomé José Gallardo, que quiso nacionalizar, españolizar y aun castellanizar la masonería. Sólo consiguió dividir á los francmasones.

Los Comuneros, creados en 1821, consiguieron muchos adeptos, y en los «tres mal llamados años» figuraron no poco. El iniciador, Bartolomé José Gallardo, se cansó pronto de su obra. Y no hay más en el dibujo.

En 1611 se fundó el convento. La iglesia se desmoronó, ruinoso, en 1740. En 1773 se construyó la dibujada por Navia, y en 1810 hizo derribar templo y convento José Bonaparte, el llamado *Rey Plazuelas*, por las muchas que abrió en Madrid. De la fachada de Ventura Rodríguez hacen elogios los que la vieron; el templo y el convento merecieron ser derribados. El solar sobre que se alzaron dejó espacio á una grande é irregular plaza, en la cual se instalaron puestos, organizándose un mercado abierto. En 1869 se acordó construir el cubierto que ocupa el centro de la plaza. La primera piedra se puso en 1870, y funciona desde 1875.

Antes del mercado de hierro, cuarenta y cuatro años después del derribo de San Norberto, perturbó la tranquilidad de la plazuela un suceso terrible. En una casa de esta plaza de los Mostenses habitaba el jefe de Policía Francisco Chico. Muy enfermo días antes de la Revolución de Julio, se quedó en cama. Supo el 18 la marcha de los sucesos, presintió el triunfo de la Revolución y se encaramó con su *alter ego*, secretario y ayudante, en un cuchitril oculto, secreto, mal ventilado, obscuro como un calabozo, sin otros muebles que una tarima, sobre la cual, en un jergón y una colchoneta, descansaba el enfermo; una mesa, un sofá y dos sillas. A esa especie de panteón se penetraba quitando un arca y ha-

ciendo girar un gran cuadro por medio de un resorte.

El ama de gobierno de Chico sabía únicamente dónde estaban su amo y el adlátere. El 20 de Julio de 1854 el torero *Pucheta*, campeón de la Plaza de la Cebada y de la calle de Toledo y caudillo de los vendedores en aquella barriada, envió á varios de los suyos á la Plaza de los Mostenses para que se apoderaran del odiado policía, «vivo ó muerto». Registraron la casa varias veces, y no dieron con el escondite; pero como los vecinos juraron que había entrado antes de la trifulca y que no había salido, volvieron á registrar y dieron con él, ya por el *soplo* de un amante del policía, ya por haber cantado, amenazada, la vieja sirviente. Y de allí salieron Francisco Chico en su lecho, sobre unas parihuelas, y su ayudante, para ser fusilados en la Fuente de la Cruz. No sólo historiadores, novelistas narran el *via crucis* de Francisco Chico: Pereda, en *Pedro Sánchez*; Galdós, en su episodio nacional *La Revolución de Julio*; Pío Baroja, en *El sabor de la venganza*; D. Julio Nombela, en el segundo tomo de *Impresiones y recuerdos*, detalla minuciosamente la captura del polizonte y da detalles de su vida y milagros, de su pasión y muerte.

En otra casa de la plaza, la primera al volver de la calle del Rosal, muy feamente bella, muy típica y que va á desaparecer, tenía en 1870 su redacción el famoso periódico de Paul y Angulo, *El Combate*, y la plazuela fué campo de batalla no pocas veces entre la *partida de la porra* y los compañeros y amigos de Paul y Angulo. Si la calle del Rosal va á desaparecer, la de San Cipriano casi ha desaparecido, y en una de las casas derribadas, frontera al edificio que dió albergue á los Comuneros, hubo un templo masónico, la logia *Libertad*, de la que fué venerable maestro ó presidente un literato de mérito, tío de un actor eminente. El sobrino falleció hace muchos años; vive todavía, y de ello nos holgamos, su tío el poeta y autor de comedias.

La casa derribada y en la cual estuvo la logia *Libertad*, pertenecía al palacio de Trastamara y Narváez, y he oído decir que la habitación que sirvió de alcoba al truculento general era la utilizada para templo masónico.

De la calle del Rosal y del misterioso hospitalillo, casa solariega de la Ronda del Pecado Mortal, ha escrito mucho el poeta Carrère, y por esto y por no salirme de la Plaza de los Mostenses, no añado más.

ROBERTO CASTROVIDO

J A B E G O T E S



No puedo más—gimió *el Pintao*, que, con sus fuerzas extintas, nadaba completamente rendido.

—Ten valor, á ver si alcanzamos aquel salvavidas—le dijo *el Colorín*, que, más animoso que su compañero, le prestaba auxilio, ayudándolo en aquella espantosa lucha que sostenían con las olas.

Y volvieron á nadar. Atardecía y la luz agonizante hacía más pavorosa la escena. Eran pescadores, *jabegotes*, como llamaban usualmente á los que se dedicaban á tan ingratas faenas, y habían naufragado cerca de la Isla de Alborá, donde llegarían, si era que la Virgen del Mar hacía un milagro. A ella se encomendaban con todo el fervor de sus almas rudas, curtidas en el peligro y hechas á ver la muerte á cada paso. En las Almadrabillas, que era el barrio de los que se dedicaban á los oficios marítimos, vivían juntos, en dos casitas separadas solamente por una lona embreada que hacía de pared. Esto era lo que dividía á las dos familias de aquellos desventurados que, á solas entre Dios y su destino, iban á morir, si Aquél no lo impedía con su intervención.

Habían salido nueve, y ellos dos eran los que esperaban salvarse de todos los tripulantes de *La Favorita*, nombre de la barca cuya pérdida había sido la de tantos padres de familia.

Fortalecidos un momento con la esperanza de alcanzar el salvavidas que contemplaban cercano, bailando sobre las imponentes olas con alentador y rápido cabrilleo, nadaron afanosos, el *Colorín* muy especialmente. Era más joven que el pobre *Pintao*, que ya tenía cuarenta años, edad funesta que constituía la vejez para aquellos hombres que, agotados por la vida, eran ancianos á la edad que otros consideran viril y activa. Haciendo esfuerzos extraordinarios y desesperados, pudieron cazar el salvavidas; pero, ¡oh, dolor! ¡Era tan pequeño, que sólo servía para uno de ellos! Así lo reconocieron al instante, cambiando luego una mirada que era lo que hemos dado en llamar un verdadero poema. Aventurarse los dos con el débil apa-

rato era ir á una muerte segura é inevitable, mientras que colocándose uno solo podía salvarse. Mas como lo último que perdemos es esa luz interior que nos conforta y hace vivir confiados en la Providencia, no se rindieron sin probar antes á sostenerse con el salvavidas. ¡Inútil empeño! Las veces que lo intentaron fueron otras tantas demostraciones de que allí sobraba uno...

Y entonces empezó entre ellos una hermosa y noble lucha de abnegación y bondad.

—*Colorín*—dijo *el Pintao*—: ha *llegao* la hora de morir. Esto no reza contigo, que, más joven que yo, *tiés* á tus chiquillos y á tu *mujé*; pero yo...

—Por lo *mesmo* que soy más joven, debo ser el que le deje á *osté* el puesto.

—Te olvidas de que siendo un chaval *entavía* *tiés* que tenerme respeto.

—Sí, *añó*.

—Y con respeto, *obediencia*.

—*Tié* *osté* razón.

—Pues ya que estamos conformes, yo te mando que me abandones á mi suerte y que seas tú solo el que procures salvarte.

—¿*Pueo* hablar?

—Habla.

—Ha dicho *osté* que yo tengo mis chiquillos.

—*Ecauto*.

—¿Y que *osté*?...

—Yo no soy ya *naide*.

—Pero *tié* *osté* á su madre, y una madre que está ciega y que sin la *ayua* de *osté* tendría que *pedí* limosna.

—Es *verdá*.

—¿No tengo razón al decirle á *osté* que debo ser yo el que me *quee*?

—*Colorín*...

—¿Qué?

—Hablas como un libro lleno de prosa.

—Gracias.

—Tus chiquillos *tien edá pa* buscarse la *ria*, *manque* sea de aprendices; mientras mi madre...

—¿*Ve* *osté* como yo no soy tan bruto?

—Déjame el salvavidas.

—Tome *osté*.

—Y ahora, quédate con Dios, y que él nos salve.

—Amén...

De este modo se despidieron. Había cerrado la noche. *El Pintao*, que, arrastrado por las olas flotaba gracias á su salvavidas, oyó á lo lejos una voz que le despedía, con amargura y también con suprema y desgarradora resignación, diciéndole:

—Cuide *osté* de mis chiquillos...

Luego, nada. El monstruo devoraba á una nueva víctima con su implacable ferocidad...

Descalzo fué *el Pintao* á la iglesia de Santo Domingo, á cumplir una promesa que había hecho á la Virgen del Mar. Le acompañaban una ciegucecita y una nena de cinco á seis años. Las dos quedaron en la puerta del templo, junto á la banasta de pescado que conducía *el Pintao*, que no iba á entrar allí con su mercancía. ¿Para qué decir que la vieja era su madre y la niña una de las hijas del *Colorín*?...

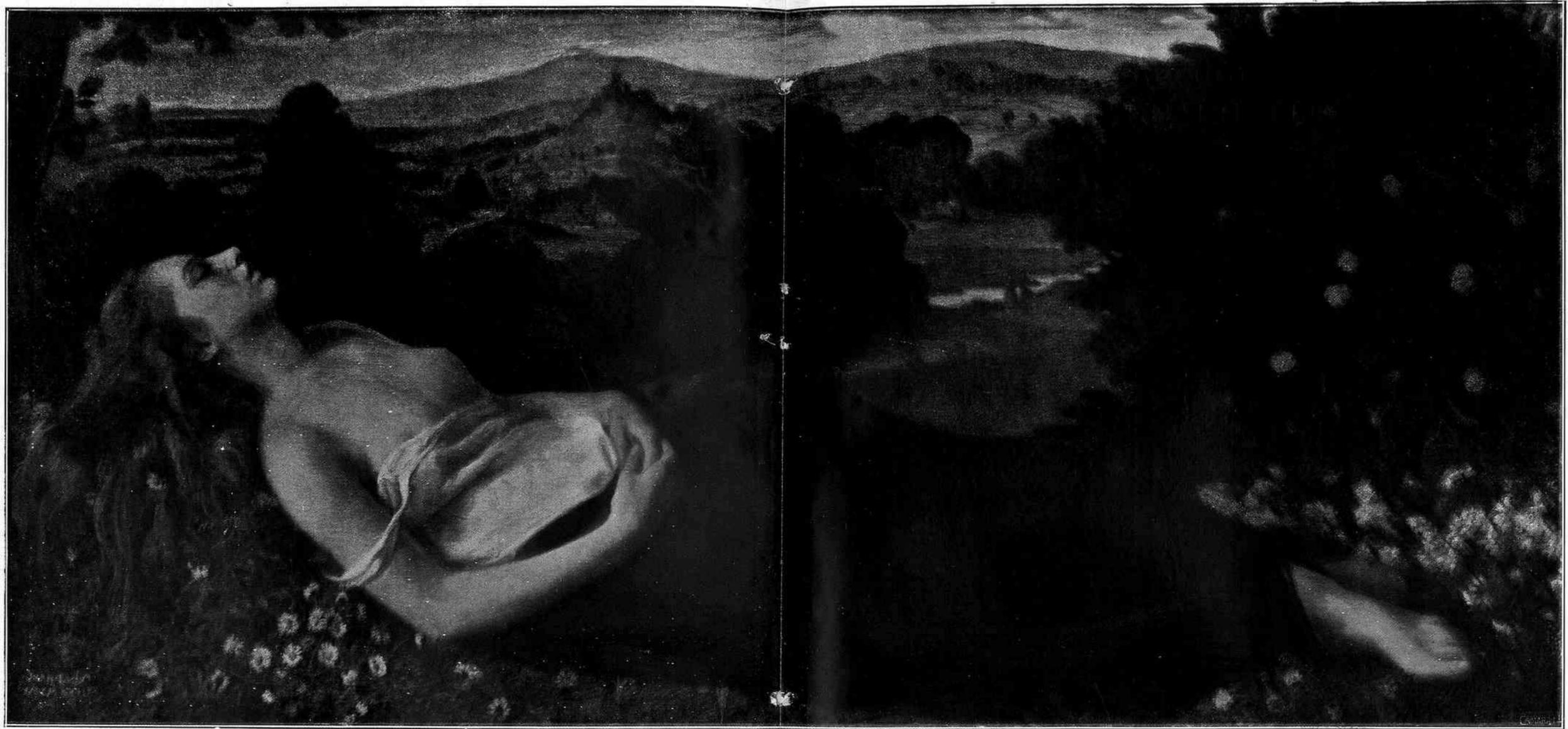
Así que terminó sus oraciones el pescador, salió á la calle y, despidiéndose de sus acompañantes, echó calle arriba, gritando con su voz aguda:

—¡Boquerón!... ¡Un real!... ¡De la mar, fresquito!...

A veces se detenía y se enjugaba una lágrima. Nadie reparaba en él, que por vestirse de luto había tenido que ponerse el traje de las procesiones, que era el único negro que poseía...

JUAN LOPEZ NUÑEZ

LIBRO DE VERDUGO LANDI



OFELIA ALDEANA, cuadro de Juan Luis López, que obtuvo segunda medalla en la reciente Exposición Nacional de Bellas Artes

LA HERMANA

OFELIA.—He is dead and gone lady,
he is dead and gone;
at his heels a grass-green turf,
at his heels a stone.
(*Hamlet, Prince of Denmark.—Act. IV. Scene V.*)

ELLA se le acercó, de igual manera que otras noches, atraída por aquel aire de des-
deñosa ausencia que era, contra los demás, la defensa de él.

Bebía él á sorbos lentos y continuos sus copas renovadas. Tendía de cuando
en cuando una mirada que la embriaguez y la neblina artificial, caliginosa, del *cabaret*
enturbiaba. Sonriendo á sus propios pensamientos parecía sonreír á las guirnalda-
s de trapo desteñido, á las lámparas con su velo de oro, á las cajas pintadas de los pal-
cos repletos de mujeres pintadas y hombres con demasiados brillantes; al brío mal-
sano, deslizado, de los danzarines, á través de ráfagas densas, pesadas, de perfume,
sudor femenino, alcohol y el opio melado de los cigarrillos.

Después, tornaba á sus lecturas. Libros primorosos de aspecto, ediciones de capri-
choso coste, menudos como pitilleros de oro ó de platino ó de nácar, como espejitos
de esmalte, que las mujeres gustaban de acariciar sin entender el texto, agrupadas
las letras para frases en un idioma ignorado.

No entendían tampoco al hombre que venía á un restorán nocturno para no bai-
lar, para no alquilar la voluptuosidad—en una chiquilla agotada de cansancio, de
sueño, de vino y de contactos hombrunos—, cuando las luces y los rostros del inter-
rior están lívidos y fuera se abren las rosas opalinas del amanecido.

Ella le puso la mano en el hombro y le acercó los labios barnizados de escarlata.
Y no era, sin embargo, para su boca la solicitud del beso, sino para las pupilas. El
la besaba los ojos como besaría las gemas de una sortija en la mano de una reina.
Ojos de una transparencia y un fulgor profundamente claros y cristalinos. Ojos que
no eran azules, ni verdes, ni grises, ni grises, que parecían inventar un resplandeciente
color inédito de estrella lejana. Ojos á los que hacía bien el pelo negrísimo, de ácueros
reflejos, tan negro que la daba á la carne del rostro una lividez cénica.

Pero él no quiso besarla esta vez. Se apartó no más para dejarle libre la silla con-
tigua, y siguió leyendo su libro encuadernado en cabritilla con toques de nio, co-
balto y oro, como una ejecutoria antigua.

—¿Te molesto? Es que estoy rendida...

El levantó al fin la vista y siguió sonriendo al pensamiento propio; pero parecía
sonreírle á ella.

—Toma algo.

—No. ¿Tienes setos?

—Pídelos.

Chistó ella al «botones» que iba y venía con la bandejita de cajas de metal, de car-
tón—bamboneras modernas para las modernas golfitas—, y él pagó los cigarrillos.
Encendió ella, la nariz dilatada para recibir la primera humareda ambarina. Se quitó
el sombrero, recostó la cabeza contra el palco. Sobre ella, tumulto de risas, blasfemias
y choque de cristales. Luces de lámparas se partían en pedacitos de brillo contra sus
pupilas claras. Funnaba hacia el techo, con desgarrada petulancia, con una tristeza
puramente animal, de bestia agotada.

De pronto, sin mirarle, le preguntó á él:

—¿Qué lees?

A pesar de su ronquera de vicio, de atmósfera enrarecida, de licores fuertes, de ta-
baco perfumado y drogas inconfesables, su voz tenía un ritmo dulce, cantarin, de
hembra del Norte brumoso.

—¿Te importa mucho? *Hamlet*.

—¿Dónde sale Ofelia?...

—Justamente. ¿Cómo lo sabes tú?

Ella, sin mover la cabeza, sin dejar de mirar al techo, sin quitarse el pitillo de los
labios, contestó:

—Tuve una hermana que murió como Ofelia... Se ahogó.

—*Drown'd! O! where?*

—¿Qué dices?

—Nada. Palabras de Laertes, el hermano de Ofelia.

—No teníamos hermano. Eramos solas con mi madre. En la aldea. Hace mucho
tiempo. Era una *pasmá*.

—¿Se parecía á ti?

—No. Ella no era como yo soy. Tenía el pelo rubio. Inocentona, romántica, llo-
raba de alegría viendo los nidos y los recentales. De chica iba á un valle próximo con
nuestra vaca *Marcela* é hilaba como una pastora de romance.

La voz se suavizaba, adquiría inflexiones lentas y melancólicas. El, sorprendido,
cerró el libro y miró el rostro marchito con su tajo de escarlata y sus dos estrellas ca-
das y fulgurantes. Ella tiró el cigarrillo y encendió otro. De nuevo la primera nubecilla
de ámbar la hizo dilatar la nariz y la hizo olvidar momentáneamente.

—¿No concibo otros, rico? ¿Y tú?

—Sí. Hablabas de tu hermana...

—¿Te interesa? Bueno. Tenía un nombre también de romance y de comedia:
Isolina. ¿Sabía poner en los alaloes una dulzura tan grandel...

(El escuchaba la evocación, con los párpados semicerrados y el alma sorda al estré-

pito del restorán. Más allá de la ebullición de pecados y de estómagos, más allá de las
calles que la madrugada vaciaba y hacía misteriosas, más allá de los campos yertos de
Castilla bajo la luna, él creía ver las corredoiras estrechas, los prados rezumantes,
los chatos parrales con sus soportes pétreos, las leiras pomposas, las carballedas gra-
tamente sombrías; los cruceros toscos en medio de los caminos por donde pasa, blanda
y furtiva, la silueta de un can... Apenas oía el relato de la mujer pintada á través del
milagro de la voz cantarina á pesar del tabaco, del mal y del alcohol.)

—... gustaban de la rapaza sus ojos tan puros, ojos que no sabían llorar por su
pena, sino de felicidad por la dicha de los otros...

(El revecía á la chiquilla, espigada y rosada, aureolado el rostro por el resplandor
de oro nuevo de sus cabellos; fresca la boca, redondos los hombros desnudos, y una
fibia, asustadiza mirada de gacela frente á los hombres y frente á los cuentos de
amor.)

Todo en torno de ella vivía horas diáfanas, de una sonoridad placentera. Arrullo
de olas que quieren acostarse en los arenales. Cabeceo de pinos altos, en el aire trans-
parente de los cielos pálidos por el atardecido. Frondas parleras de pájaros en los
castañedos y los encinares. Vuelos de gaviotas sobre el agua ultramar y de palomas
sobre los valles esmeralda; mugidos de hartazgo en las vacadas e isócronos tintineos
de esquilas sobre las pendientes donde las cabras hincan sus pezuñas como los faunos
en los poemas mitológicos.)

—... ella, la malpocada, la cativa, ¿qué iba á hacer? Le viera galán y bien ves-
tido como un príncipe, le escuchara por las noches cuando madre dormía y el palleiro
ladra á la luna y á los maleficios...

(¿Vulgar y deliciosa quimera de Isolina, destinada—por la nube dorada que cubría
los sueños doncelliles, por el símbolo gémnico de sus pupilas, por el tesoro de cancio-
nes romancescas de sus labios, por la ansiedad de hechos remotos y fastuosos que la
germinaba en el corazón—á no ser rústico deleite de ningún compañero de la infan-
cia! ¿Quién era el galán de las noches bajo la complicidad del luar y de los jazmineros
en flor? No se había enterado, ni hacía falta. Era el legado á su hora, el sacrificador
de los deliquios adolescentes y de las virginidades propicias.)

—... No hizo caso á la madre, y como era una santina sin hiel y sin defensa... tú
me comprendes, ¿verdad?

Volvió súbito el enronquecimiento á la voz femenina, acunada por la cadencia ga-
laica. La alusión al episodio deliciosamente cruento asqueaba y hería el espíritu de la
mujer envilecida, consumida por la venganza y el desdén hacia los hombres.

—... Una mañana de Abril, Isolina le viera por última vez. El iba siempre ga-
lán, vestido como un príncipe, y se retorcía el bigote, sin saber que á ella la retorcía el
corazón. Una noche de Mayo Isolina marchó de casa...

(¿Campiña abierta bajo el cielo constelado como una campana invertida y vi-

brante! Las pausas añejas de la naturaleza, las siluetas fantasmales de los árboles
los aullidos embrujados de los canes y los senderos alfombrados de un resplandor le-
choso. Isolina busca en la noche y en el dolor la ribera. Canta bajito tonadas donde el
amor ya rompió su secreto y los lirios mustios de sus manos caidamente blandas van
cogiendo flores de las laderas húmedas por el relente, donde hay insectos que brillan
é insectos que rozan sus ólitros sonoros.)

—... Un rapaz del molino la sacó del río y la acostó en la orilla mientras acudía á
buscar las gentes inútiles, los socorros ya innecesarios. Era día bien entrado cuando
acudieron todos y madre gritó al aire su pena.

(El revecía á la Ofelia aldeana, acostada en el ribazo florido bajo la serenidad in-
diferente de la mañana recién nacida. Cerca de sus pies desnudos, de sus hombros des-
nudos, las margaritas la ofrecían, ignorantes de que estaba muerta por amor, su
oráculo amoroso de hojas blancas y corola amarilla. El pelo húmedo y suelto se des-
bordaba sobre el cabezal de la tierra, abriéndose á los primeros resplandores so-
lares. Desnudos los senos respondían en forma á las cúpulas de los árboles, á las cum-
bres de los montes. En el rostro inmóvil y agudizado, las estrellas de los ojos se apa-
raron como los ojos de las estrellas en el cielo. Y el agua, cerca, iba en una marcha
alegre y esperanzada hacia el mar no muy lejano.)

La mujer había callado. Mordió el cigarrillo con un gesto de amargar.

—¿Pual! ¿Qué asco!

El la puso la mano trémula en el brazo desnudo, de carne blanda y blan-
queteada.

—¿Murió?

—¿Quién? ¡Ah! Sí. Claro. Para siempre.

Hubo un largo silencio entre los dos. Uno de esos silencios que separan en siglos,
en millares de leguas á dos seres que están juntos accidentalmente.

El hombre no leía, no sonreía, no bebía. La mujer bostezó. Se cansaba de no estar
sola y estar desatendida.

—¿En qué piensas, tú?

—El la miró de un modo lastimero y dulce, con esa mirada de los galgos á sus amos
en los lienzos del Tiziano.

—En tu hermana. A mí me hubiera gustado quererla y que ella me quisiese...

Entonces la mujer le miró más fijamente.

—Yo no tuve hermana nunca. Yo fui aquella Isolina bobalicona y burlada. La
muerte no quiso oírme.

Y encendiendo otro cigarrillo, añadió:

—Puedes quererme, si quieres...

El sintió horror de ella y de sí mismo.

ESCUELA DE AUTONOMÍA

FINLANDIA INDEPENDIENTE

UN ingeniero y literato nos cuenta cómo se forma el territorio de Finlandia. Este país—no dice—emerge y continúa emergiendo del fondo del Báltico. El fuego trabaja silenciosamente, pero sin tregua, bajo la tierra y bajo el fondo del mar. Algunas veces un ligero temblor del suelo delata su esfuerzo, que no debilitan ni volcanes, ni géiseres, ni fuentes termales. No tiene fuerza bastante para hacer saltar la espesa caparazón con que el frío del Norte ha recubierto sus hornos; no puede hacer más que arrugar la corteza terrestre; alzarla de un lado y bajarla de otro. Lentamente, de siglo en siglo, va reforzando la planicie granítica que sostiene la tierra de Finlandia en tanto que deprime, en



Iglesia de Helsingfors

la opuesta orilla del mar, las riberas de Estonia y de la Prusia Oriental. Todo el contorno del Báltico, verdadero Mediterráneo del Norte, parece así sometido á un vasto movimiento ondulatorio: levantamiento del Norte y hundimiento del Mediodía. Es una depresión que, desde una época anterior á toda cronología viene consumándose majestuosamente á través de los siglos.

La plataforma que forma Finlandia, alzada así del fondo de las ondas, por la fuerza que trabaja debajo de ella, parece haber aprisionado y retenido en todas sus anfractuosidades pedazos del mar, que, sorprendidos por la súbita elevación del suelo, no han tenido tiempo de tornar á la gran masa de agua de que formaban parte. Sin hablar del Ladoga, el más grande de los lagos de Europa, millares de lagos, de azul pálido ó del más intenso esmeralda, violetas ó rojizos, y algunos casi negros, parecen sobre la tierra como las mallas de una inmensa red multicolor y nunca quieta, porque todos ellos están en movimiento constante y se comunican y precipitan unos en otros por medio de ríos, arroyos, torrentes y cascadas. Muchos de ellos se extienden en marismas desoladas é infecundas, que aumentan la tristeza característica de Finlandia.

Y he aquí que donde la marisma termina, comienza algo más desolado y más triste aún: la duna; las montañas de dorada arena que el mar expulsa de su seno y que el viento lleva de un lado para otro. Los rayos oblicuos del sol se reflejan y multiplican en estas soledades, donde no se escucha más ruido que el del agua en su movimiento incesante. A la tristeza del paisaje se une la inclemencia del clima, con la brusca alternativa y el contraste violento de sus estaciones, en un territorio que se extiende desde las puertas mismas de Petrogrado hasta las orillas del Mar Polar, y que comprende desde una costa de doscientas leguas al Mediodía y al Este, hasta vastas extensiones de tierra alejadas del mar. Hasta el mes de Abril no se liquida la nieve en el Sur, y hasta Mayo en el Norte; durante cinco meses el hielo solidifica el golfo de Finlandia; pero dura siete en el de Bothnie. En toda la nación el invierno dura más de medio año. Cuatro meses transcurren, sin días ni noches, en un período crepuscular; pero en Diciembre y Enero las tinieblas se hacen más intensas y sólo las rasgan las auroras boreales; la nieve

cubre la tierra y el hielo solidifica las aguas.

Para nosotros, hombres del Mediodía, habitantes de un país de sol, esta descripción parece amedrentadora, y, sin embargo, he aquí que en el invierno finlandés es más fácil la vida que en el verano. En un territorio como aquel, casi todo pantanoso, el hielo hace las comunicaciones más fáciles. Los trineos corren rápidamente por donde luego no pasarán los coches. Los patines permiten á las gentes deslizarse sobre la superficie cristalina sin necesidad de caminos. La nieve protege amorosamente la vegetación bajo su manto.

Cuando llega el estío, la Naturaleza parece estallar en una explosión de vida. No se puede explicar ni describir. Es una embriaguez impetuosa de colores, de perfumes, de cantos y de luz. No hay noche. El horizonte del Norte parece incendiado; las tinieblas huyen hacia el Mediodía; todos los objetos parecen luminosos y transparentes y la luz parece emanar de todas partes. No hay nada más poético, más irreal, más maravilloso que esta luz difusa y suave. Parece esta resurrección de la Naturaleza un cuento de hadas. Las mieses crecen y granan apresuradamente. Apresuradamente maduran los frutos. Se cubre el campo de colores. Un solo día, de horas interminables, basta para realizar este milagro.

Se advertirá bien pronto que un pueblo sometido á esta angustia de una noche de meses y un día, que parece interminable, debe de tener una contextura espiritual, una tristeza melancólica y resignada y una desbordada alegría enteramente distintas á las nuestras. Los rigores de la Naturaleza le obligan á trabajar incansablemente, tercamente, en una lucha tenaz contra los elementos. Así, en toda la nación hay dos empresas en las que trabajan durante el día y la noche, durante el verano y el invierno, las mujeres y los chiquillos y cuantos hombres tienen una hora libre; estas dos empresas son desecar las marismas y repoblar de pinos las dunas, haciéndolas fecundas é inmovilizándolas bajo la presión de la capa de tierra vegetal que el pinar crea en seguida.

Sólo así se concibe que en la desolación de aquella tierra y bajo la inclemencia de aquel clima pueda haber llegado á constituirse una nacionalidad, que ha sostenido muy vivo durante siglos de subyugamiento su anhelo de in-

dependencia. Cuando Suecia fué grande y dominadora, la pobre Finlandia le estuvo sometida durante siglos. Pedro el Grande, con sus mesnadas de cosacos, la desgarró de la Península escandinava y la unió al conglomerado que constituía el Imperio de los Zares. Ahora, aprovechando la revolución rusa y el desquiciamiento del centro de Europa, Finlandia ha proclamado y organizado su independencia. Ya es una nacionalidad organizada; una República constitucional, tradicional y burguesa, que puede contagiar á sus vecinas monárquicas: Suecia, Noruega y Dinamarca. Es una República tradicional, porque sus libertades políticas y su ensueño de independencia tienen en aquella raza una historia de

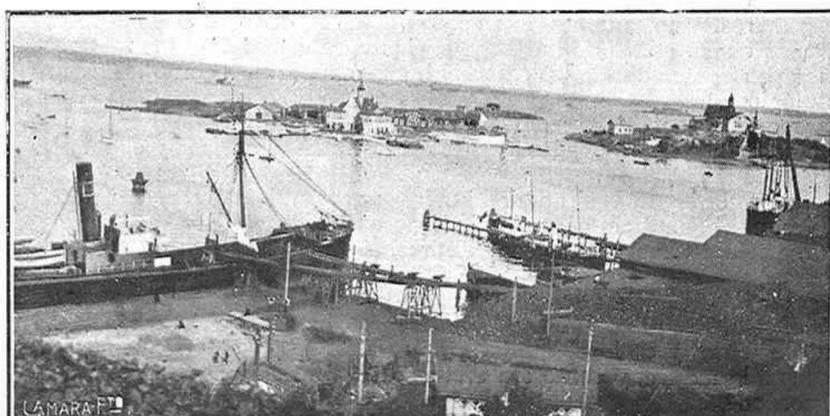
siglos. Sólo así, gozando una verdadera autonomía, siendo en Europa la maestra de los pueblos que se creen sojuzgados, vivió en paz con sus dominadores y poseedores. Es una nacionalidad que ha tenido siempre su carácter propio, sus costumbres, su lengua, su literatura, su orgullo racial, la noción plena de su personalidad. En las leyes suecas, como un fuero, cuyos orígenes se enlazan con tiempos legendarios, estaba reconocida la Constitución finlandesa. Rusia, al arrebatar á Suecia el dominio de Finlandia, reconoció aquellos derechos de los finlandeses á tener su administración y su justicia. La ley que lleva el nombre de *Regeringsform* es un santuario de fe política, al que no se atrevió á tocar ninguno de los Zares que sucedieron á Pedro el Grande. Ante el peligro de Napoleón, el Zar Alejandro hizo, en 1809, una proclamación especial y solemne de la autonomía de Finlandia. Así, al proclamarse ahora República independiente, apenas ha tenido más que suprimir unas líneas de su ley fundamental de 1772... Que no reside ya en Helsingfors, la linda capital, el representante del Zar presidiendo el Senado Imperial con que fué substituído el antiguo Consejo de Gobierno. Esto es todo lo que había de Rusia en Finlandia. Ahora, como antes, Finlandia tiene su misma bandera, su mismo escudo, sus mismos funcionarios y soldados, sus mismos diputados y senadores; el mismo cuño en su moneda y el mismo dibujo en sus sellos de Correos y de impuestos; los mismos tributos y la misma Hacienda... Acaso la independencia le cueste un poco más cara que la autonomía. Ahora tendrá que nombrar unos embajadores que antes no tenía, y sentirá la tentación de poseer una escuadra, cuyos buques tendrán que huir de las costas patrias apenas se acerque el invierno para no verse aprisionados por los hielos.

Y he aquí que la inclemencia de la Naturaleza, hostigando á este pueblo, creándole una necesidad imperiosa de luz y fuego, lo ha hecho una de las razas más fuertes de Europa y á la vez de las más cultas. Sus estadísticas nos asombrarían á nosotros, que nos creemos en plena civilización, sobre una tierra fértil que el sol fecunda y rodeados de mares que no se hielan y que son siempre fáciles vías de comunicación. Digamos sólo que en la ley finlandesa, el no saber leer y escribir es un delito...

AMADEO DE CASTRO



Un puerto de las Islas Lofoden



Puerto de Helsingfors

ESTAMPAS DEL MAR

LA HORA DEL REGRESO



En la serena maravilla del mar, bajo la inmensa cúpula del cielo, es la hora quieta y melancólica del atardecer... Es la hora que todos los poetas cantaron en el trémulo ritmo de sus versos y todos los enamorados rezaron en la emoción turbadora de sus madrigales... Es la hora que muchas almas, las verdaderamente dignas de llamarse almas, juzgaron reliquia inapreciable de todos los fervores, de todos los sentimientos, de todas las sinceridades; es la hora, también, que otras muchas almas, las que realmente no son dignas de llamarse almas, motejaron de *cursi*, de sentimental, llena de los más grotescos é inútiles romanticismos...

Estos, los que sólo juzgan una deplorable cursilería, la que es, según el poeta:

«Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «¡ay!» y de suspiro.»

los que se mofan de los amantes de esta hora, sólo aciertan á ver en ella el fin de un día, la necesidad de encender la luz, la liberación momentánea del esfuerzo diario, porque en aquellos instantes cesa el trabajo de la oficina ó del taller...

Para ellos no significa nada el encanto de esa hora sobre el mar, de esa hora en que renacen todos los divinos tópicos tan viejos siempre y, no obstante, siempre tan nuevos... Y es, sin embargo, de una suprema belleza—la belleza de ayer, que es la belleza de hoy y será la belleza de mañana, frente á todo y á pesar de todo—la hora en que la inmensidad violeta, rosa, azul, áurea, del cielo se refleja en láminas de maga brillantez sobre la esmeralda trémula del mar, surcado por las embarcaciones que tornan de la pesca hacia el puerto seguro y acogedor...

En esa hora, en la hora del regreso, cuando vuelven á la ciudad, desde el mar, los que de ella salieron, comienza en la parte céntrica de las capitales la belleza que la vida moderna dió al atardecer. Mientras la naturaleza, sobre el mar, dice una vez más su canción eterna, y la agonía

roja y callada del sol prelude el imperio de las sombras, en la ciudad el espíritu artificial y ruidoso de hoy va llenando á todo de agitación, de luces, de ritmos, de colores... Se encienden los marcos luminosos de los escaparates, fulgen las ampollas de los focos eléctricos, rutilan las joyas en un derroche de cambiantes, destellos, irrisaciones... Salen de los talleres las modistas, en locas bandadas de risas y de juventud, y salen de su oficina las mecanógrafas, con las manos cansadas de aletear sobre el teclado y los ojos rendidos de descifrar los signos de la taquigrafía... Las calles se congestionan en un vértigo febril, lleno de ruidos, de palabras, de movimientos... Bajo los crudos resplandores de la luz artificial, las mujercitas, más bellas, más amables que nunca, se acercan, miran, sonríen, pasan...

Y mientras en la ciudad las almas y las cosas parecen llenas de una ruidosa alegría, en el mar, al contacto magnífico de la naturaleza, vuelven al puerto los que de él salieron; vuelven con una alegría que es más honda y más sincera porque es más callada; vuelven con la alegría buena y mansa que les da el haber esquivado, por esta vez, el peligro y el haber salido con bien en su esfuerzo por el pan de cada día...

En la hora del regreso, el quieto aire del atardecer sólo es rasgado por el leve rumor que levantan las embarcaciones al cruzar las aguas y por algunas voces sueltas y viriles que los marineros dicen en su fuerte y expresivo lenguaje... Si acaso, rasga también el silencio hondo del atardecer el ritmo lento, suave y melancólico de una canción, de una de estas canciones que dichas por un marinero, en el remanso inefable de la hora, parecen líricas serpentinas que ondulan en el ambiente, impregnándolo de una indefinible nostalgia y de un dulce y embriagador sentimentalismo...

En la verde extensión del mar, abriantada con sus últimos reflejos de oro, de rosa, de violeta y de púrpura por el sol que llena al cielo de brujas tonalidades, las velas de las embarca-

ciones que vuelven son como tensos triángulos que parecen metálicos al recibir la caricia postera de la tarde que se desangra... Temblorosos triángulos que al resurgir de la excelsa serenidad de las aguas semejan airones de aventura, claros airones que simbolizan la audacia y el triunfo del hombre en su lucha contra las fuerzas desmelenadas del mar...

Vuelven al puerto los que de él salieron; vuelven, en la calma infinita de la hora, con la carga preciosa arrancada á las entrañas del mar para que luego la devore la ciudad, ajena é impenetrable al dolor, al peligro y al esfuerzo que supone la salida en busca de aquella costosa riqueza del mar...

Alguna vez, durante las horas de pesca, las aguas parecieron ensayar su ronca sinfonía; sobre el cielo surgió la obscura floración de unas nubes de presagio; las olas rugían, vertiginosas y encrespadas, y el zumbido del aire era como el grito rebelde de la galerna... Fue entonces, como una silenciosa saeta lanzada al cielo, la oración callada que nacía en todas las almas, y fué el recuerdo desgarrado hacia la mujer y los hijos que quedaron en el puerto, esperando, y fué el esfuerzo sobrehumano por esquivar las redes que la muerte tendía, como una lúgubre enamorada, en torno á las vidas que batallaban con zozobra en el cuerpo y con fe en el corazón...

Peró ya pasó aquella ráfaga de dolor ante las embarcaciones que vuelven, en la calma infinita de la hora, al refugio del puerto, donde aguardan la mujer y los hijos... Vuelven al puerto, y bajo la leve ondulación de los triángulos que surgen del mar como airones de aventura y de triunfo, las vidas que la fe y la esperanza han arrancado, una vez más, á la muerte, van rezando, con la santa alegría del peligro sorteado y del bien conseguido, una oración silenciosa porque en aquella jornada han vencido en su esfuerzo por el pan de cada día...

José MONTERO ALONSO

FOT. BARBEYTO

FÁBULAS IBÉRICAS

EL TESORO, EL TORO, EL PUEBLO Y LA VIEJA

O voi che avete gii intelletti sani,
mirate la dottrina che s'asconde
sotto 'l velame de gli versi strani.

DANTE

DEL castillo que dominara leguas y más leguas de territorio poco resta ya; algunos paredones y torreones sobre los que el agua y el viento, como el mar las costas, trabajó, atacando, rompiendo, formando con los fragmentos unas á manera de osamentas de ceratosaurios y diplodocus jurásicos.

Al pueblo que defendió y expolió en un tiempo no le importa su castillo. Pudo librarle de la acción química del agua y del viento, y no quiso. Ahora, cuando, de lustro en lustro, viene un visitante y se lastima amargamente de que edificio tan bello no conserve sano ni un cubo, ni una zapata, el pueblo se alza de hombros.

No sé qué odio confuso hay entre el pueblo y el castillo. Se buscan sus tapias para expulgarlas y tomar el sol en el invierno; y, o la noche, invariablemente, se huye de él.

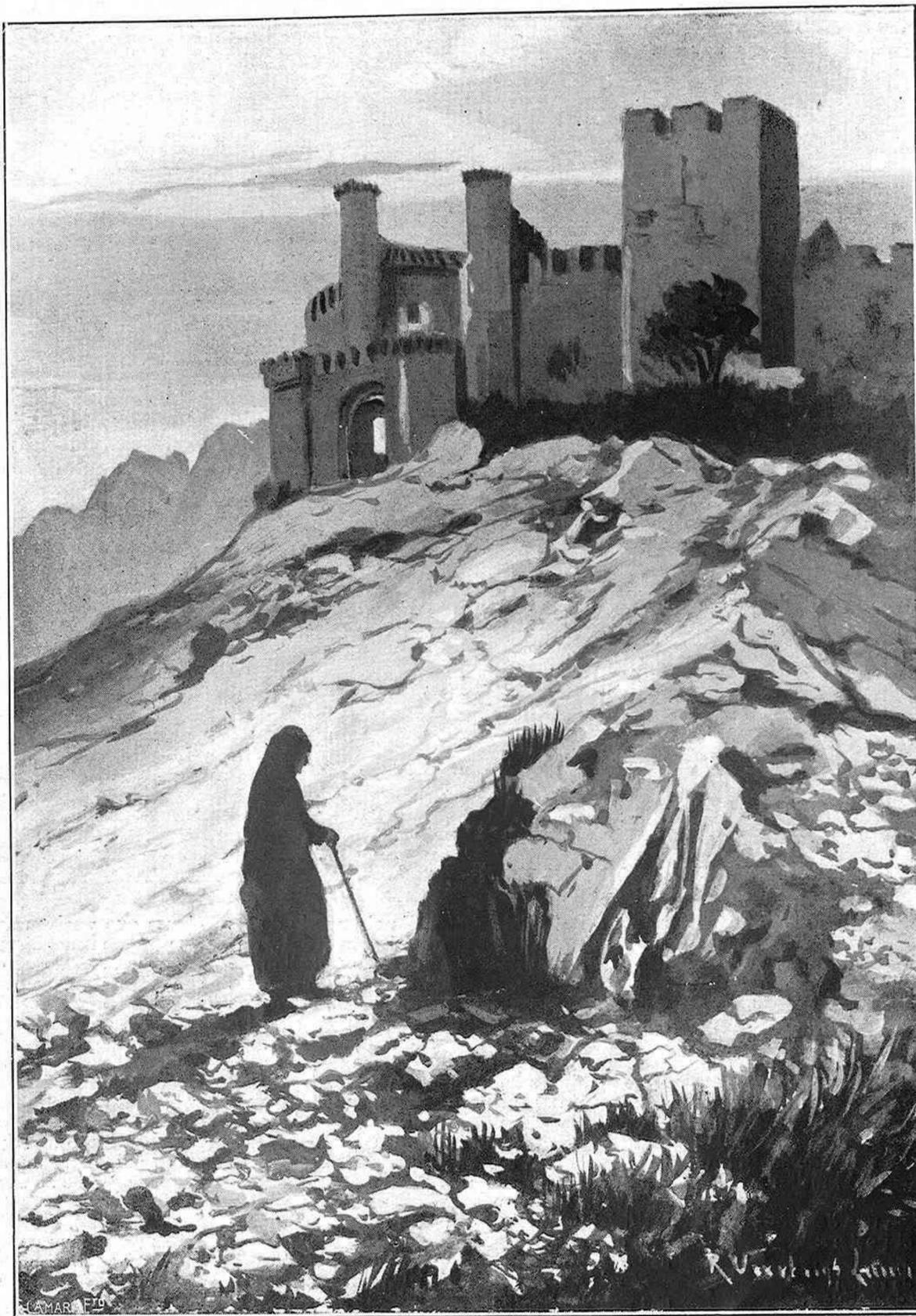
Se sabe de él que los romanos construyeron los cimientos sobre un promaco ó miranda pastoril de los iberos; que los árabes edificaron un alcázar en las ruinas, y que sobre las ruinas del alcázar los cristianos elevaron una construcción formidable; el pueblo sabe algo más: sabe que el diablo ayudó al arquitecto; que desde el castillo parte un pasadizo subterráneo que no acaba nunca, y que de ese castillo, que nunca hizo sino daño, no puede salir nada bueno.

Las piedras arrancadas por la erosión han matado ya muchos niños; nadie se molesta de ello. ¿Es que del castillo puede venir algo que no sea la muerte? Todo lo malo que contaran de él se creería á pie juntillas; nadie dudaría de que allí, tal como está, desmantelado, rasado en su mayor parte, pueden suceder las cosas más extrañas.

En las vertientes del monte, el pueblo, cada día más pobre, ha abierto cavernas para vivir. Ni de adobes pueden hacer casas. En una de ellas vive una mujer sola, vieja, fea, que no trabaja y come, que es un basilisco y sueña.

Se la ve huronear por el castillo, y el pueblo gruñe simplemente: «Tal para cual.» Nadie se pregunta qué cosa hace allí la vieja, ni importa.

Cuando la ven por las calles, los chicos la apedrean y los grandes se rien. En otros tiempos, en los sombríos tiempos del castillo vivo, hubiera esa vieja atemorizado; ahora, ¿por qué? Lo que creen todos de ella es que bebe vino y no poco. Los viajeros, al verla tan desastrada, con esa vejez doble que tienen las ancianas raras y solitarias, piensan en las brujas, en las orquinas, en



los brucolacos. Ella jamás se mete con nadie; por no ser, ni es curandera, ni echadora de cartas. Es muy beata. A pesar de eso, al señor cura le gusta muy poco, y los fieles en la iglesia, por no estar cerca de ella, cambian de sitio. Nadie le habla nunca; si ella conversara, nadie la escucharía. Mas por no hablar, ni con ella misma.

Pero un día se vió á la vieja en el castillo en compañía de un hombre, y este hombre era... ¡el juez!

Pocos jueces habrá en el mundo como ese de nobles y de honrados; su severidad es tal, que ni los amigos le han gastado nunca la más inocente broma.

Algunos chicuelos propalaron que el juez trababa con el bastón líneas entre los paredones del castillo, siguiendo las indicaciones que la vieja le hacía.

Otra tarde la vieja y el juez estaban en el castillo en compañía del alcalde y del cura. Los cuatro se movían sin cesar, y el que más iba de un lado para otro era el sacerdote.

Al día siguiente se aumentó el grupo con varios ricachones y el canalla del usurero, á quien

odiaban todos, pero sin el que nada se realizaba en el pueblo.

Y pocos días después, el cura, el juez, la vieja y el alcalde no podían dar un paso en lo que fuera patio de armas del castillo. Tal era la muchedumbre que les rodeaba, que por no tener sitio suficiente, se encaramaban en los almorrónes, en los pencares, en los rollizos sin protiles trabados y tendidos de rollo á socavón, de moroquil á pedrusco.

En el centro del patio y de la muchedumbre, un obrero con la picola agarrada por el peto aguardaba órdenes de la vieja. Se le veía emocionado, asustado casi, como los semblantes del juez, del cura y del alcalde.

A un mandato del cura el obrero extrajo con la picola una tronca, y agarrando la pala y el pico hizo un gran socavón, una enorme jurte. El silencio en torno suyo era tal, que se oía jadear á su pecho con tártago infinito, á pesar de la reciedumbre del mozo. Alguien vió pasar las alas azules de un grajo; esto se comentó por la noche. El alcalde dijo que era un chova y el juez que era un cuervo. No hubo manera de conciliar las opiniones.

De pronto, el obrero se detuvo, el silencio aumentó, avanzó la vieja y todos vieron que á los pies del mozo se abría la bocaza de un almátriche ó atarjea de ladrillo. Sin encomendarse á Dios ni al diablo, sin pedir auxilio ni ayudarse de nadie, la vieja se zambulló por el cóncavo, arrastrando á su paso terrones y tormos, hierbajos y tierra...

Cien años que hubiera tardado en salir, cien años se la habría esperado. Pero tardó poco. Primero salieron sus manos esqueléticas como garras de mehón ó águila ratonera. Luego apareció su cuerpo, más flaco que antes de entrar; su nariz tremenda, ganchuda, negra de tierra, como una barbaja descujada; su boca hendida de momia milenaria. Llevaba en el sobaco un bulto informe, que tiró á los pies del alcalde. Era una pieza de hierro, de armadura medieval, una martingala ó bragueta de armar que se colocaban los guerreros en la intersección de las dos escarcelas. Hasta un año después nadie se fijó en la suprema ironía del hallazgo.

Ya no cabía duda. Y los siete hombres que pedía la vieja le fueron concedidos. Siete, ni uno menos, ni uno más. Se ofrecieron setecientos; pero fueron elegidos siete. Hubo que despejar, y nadie quería marcharse. Lo curioso es que nadie, á excepción del cura, el alcalde y el juez, sabía qué se estaba haciendo allí.

Por la noche se supo en el pueblo. La vieja había soñado que el castillo guardaba un tesoro; pero un tesoro inmenso, nada de or-

zas llenas de oro; el pueblo entero se haría rico.

Bobos y listos, ricos y pelagatos sintieron un escalofrío inexplicable. No hubo un solo increíble. La vieja, el tesoro y el castillo formaban una amalgama misteriosa que lo garantizaba todo. Y desde entonces la vida del pueblo se paralizó. Una empalizada impedía el paso a los futuros millonarios; pero detrás de las estacas y coscojas se reunía el pueblo comentando. En el cercado sólo trabajaban siete obreros ante la vieja. Todo lo que se hiciera sin estar ella delante, había asegurado la vieja, sería labor inútil, y nada se hacía que ella no aprobara y dirigiera. La vieja no comía y los obreros caían desfallecidos, porque se negaban a comer en su ansia de hallazgos; fué necesario obligarles a comer, bajo la amenaza de hacerles relevar por otros siete.

Todo lo que se iba descubriendo era punto por punto lo que la vieja había soñado. Abierta la covacha, se hallaría un puentecillo ó botarel, y al extremo se encontraría un pasadizo largo; al final había que romper un cimientó y socavar un pozo. El pueblo era informado de todo ello, y detrás de la empalizada se hincaba de rodillas como ante una santa, lloraba ó la enviaba bendiciones. Por la noche, sin que nadie lo hubiera organizado, se convertían los hombres en guardas voluntarios del pueblo y del monte. No trabajaba nadie; sólo se hablaba del tesoro y de su reparto. El juez estaba pálido; el alcalde, casi loco; el cura andaba preocupado, y el médico se encargaba de abrumar aquellas almas turbadas hablándoles de que la ciencia ha demostrado que una mujer, en determinado estado cerebral, puede descubrir eso y mucho más.

Bajo una bóveda de filigrana encantadora se hallaron otras varias piezas de armadura. Lim-

pias cuidadosamente y puestas en las piedras, brillaban como pedazos de plata. El pueblo enloquecía contemplando aquellos arneses, avambrazos, gorjales, quijotes, launas, fojas y bufetas que él creía plata.

Todo contribuía á su locura. La vieja no bajaba ni una sola vez al pueblo, y se negaba á probar bocado; bastaría que comiera para que desapareciera el encanto del tesoro. Los que lograban hablar con cualquiera de los siete obreros oían estupendas relaciones de cuevas enormes en todas direcciones, de tracerías como bordados en las piedras, de ruidos lejanos. Un hecho insólito corría de boca en boca haciéndoles delirar; los siete obreros no habían podido mover, uniendo los siete sus fuerzas, una piedra, y la vieja, sola, quitó la piedra de en medio sin esfuerzo aparente.

Había que ahondar mucho aún, mucho; pero no podían trabajar sino siete. Y la fiebre devoraba al pueblo en masa. Los forasteros, que se reían de aquella fe increíble, habían de escapar á campo traviesa como alma que lleva el diablo. La vieja había dicho que en una galería saldría á su encuentro un toro vivo, que ella le daría un golpe en el testuz, y que el toro, como un guardián que recibe una señal convenida, la llevaría donde el tesoro de los árabes se hallaba escondido. Y el absurdo, precisamente el absurdo del toro vivo, conmovía hasta las entrañas al pueblo entero, sin distinción de ricos ó de inteligentes.

Pasó un mes. De vez en cuando, los siete hombres descubrían vasijas ó utensilios de formas esbeltísimas y extrañas, huesos ó utensilios de lejanas épocas. Y el pueblo soñaba en el toro, en el tesoro inmenso que un toro vivo defendía en el interior de la tierra.

Pasó otro mes. Otros siete y otros siete hombres habían sucedido á los primeros, que habían caído enfermos todos gravemente. Sólo la vieja estaba en pie, firme, resuelta, inmune al cansancio y á la desilusión, con ojos que daba miedo el mirarlos...

Hasta que un día..., ¡oh, terrible día aquel!, la vieja desapareció. Nada se supo de ella. Sólo un ricachón del pueblo, incapaz de echar carne á su olla ni cuando estaba enfermo, hubiera podido decir alguna cosa. En su avaricia, como tantos otros que callaban su infamia, había dado á la vieja dinero, mucho dinero, por ser de los primeros en ver el tesoro, por ver si, descubierta, lograba acapararlo...

Mas lo que admiraba á los extraños no era el desenlace. Era aquella fe sostenida tanto tiempo, locura y delirio de todo un pueblo. Ni la vieja, ni el castillo, ni el tesoro mismo podían infundir una fe semejante, firme á todas las pruebas, á todos los absurdos, á todas las dilaciones...

¿Qué fué lo que obscureció el juicio de todo un pueblo que así confió en masa todo él en el hallazgo imposible?

¿Sabéis qué cosa fué?... Pues fué el toro.

La obra maestra de la vieja fué meter un toro vivo en la galería misteriosa. Aquel toro vivo que al ser tocado en el testuz por la escuálida mano de la vieja habría de llevarla al sótano del inmenso tesoro, ese toro fué la garantía segura. ¿Por qué? Quién sabe... Nuestro pueblo ibero tiene en el toro una ilusión suprema.

EUGENIO NOEL

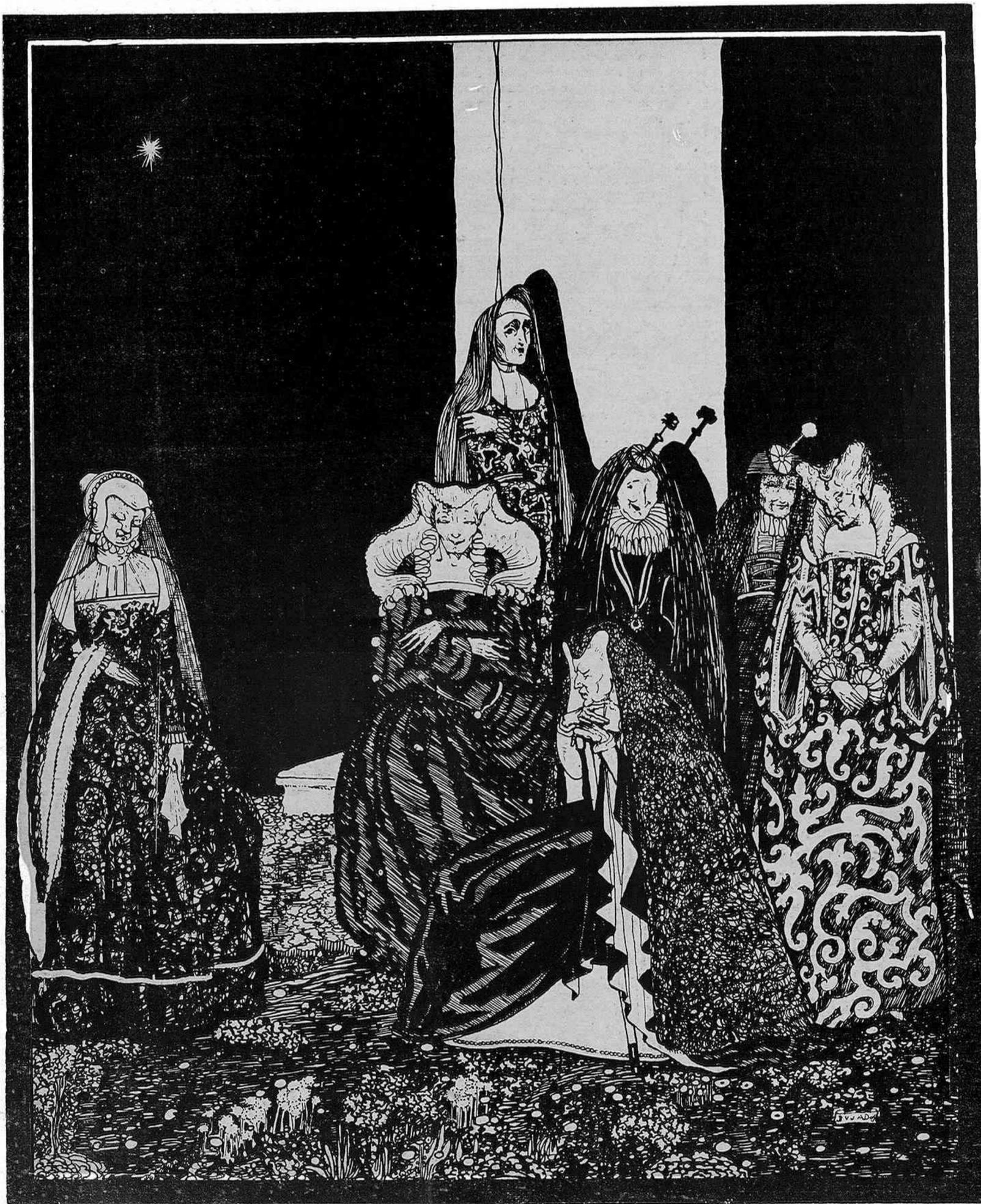
CIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA PINTURA CONTEMPORANEA



«Jorge Manrique», cuadro de Asterio Mañanós Martínez, que figuró en la reciente Exposición Nacional de Bellas Artes

EL CREPÚSCULO DE LAS DIOSAS



Están las siete viejas, Heptamerón viviente,
contando sus historias. Las cubre el trono arcaico
de la espléndida parra, que dibuja un mosaico
sobre el muro que dora la luz del sol poniente.

Las siete viejas cuentan sus galantes historias.
De unos días lejanos las sabrosas memorias.

Allí está Lionela, que paseó en la barca
de palisandro y oro de los dux. El Adriático
adoró en la belleza de su porte hierático.

∇ Beatriz, ocaso de infanta aragonesa.
Diana, rubí perdido de la Corte francesa,

que se acuerda del Louvre, de Francisco el Galante.
Violante, mancilla de un blasón sin desdoro,
porque buscó los labios de Don Carlos de Gante.

Enjutas y encorvadas, complementan el coro:
Lisarda, que han copiado cinceles de Florencia;
Renata, hermoso diablo, que á más de una Eminencia
empañó el noble tono de la púrpura santa.

Las preside Leonarda, que conoció al divino
su homónimo supremo. Ni una voz se levanta
discorde. Si cada una en dos versos hablara
de sus hazañas muertas, su relato emulara
el más bello y gallardo soneto de Aretino.

Pero acaban sus cuentos y miran sus perfiles,
muecas aún más sombrías que sus negros monjiles.

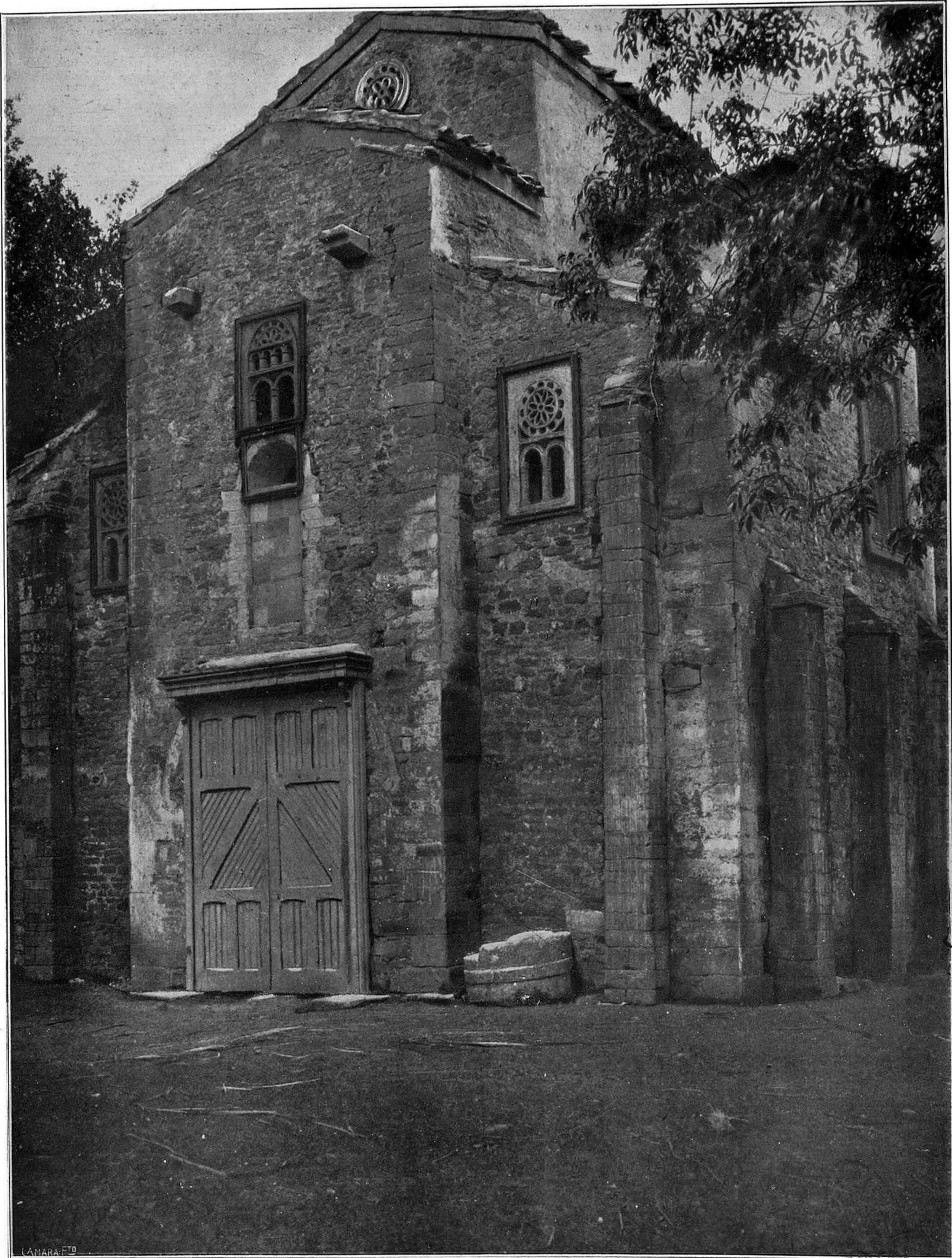
El poder del recuerdo los muertos no revive,
como no fingió reyes la magia de Oroxastes.
Las viejas dicen cuentos jocundos en que vive
el aliento tremendo del amargo Eclesiastes.

Sirio esplende en su trono. El viento austral se mueve
con alas de vampiro. ∇ olvidando sus glorias,
contemplándose mutuas con gesto triste y breve,
las viejas ya no cuentan sus galantes historias.

DIBUJO DE BUJADOS

Pedro de RÉPIDE

LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



Interesantísimo templo románico (siglo IX) de San Miguel de Lillo, en la provincia de Oviedo
FOT. WUNDERLICK

LA MODA FEMENINA

DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL



Vestido y capa de sarga blanca, con aplicaciones en color

Inglaterra, Agosto de 1922.

... ¡Ah, no, mi excelente amigo! No me conoce usted tan á fondo como se imagina. ¿Que yo soy una enamorada perenne? Pero si jamás he conseguido que tal famoso sentimiento lograra adueñarse, no ya de mi voluntad, sino de mi imaginación, y ¡cuidado si he puesto empeño en ello!

Los hombres fueron los que se encargaron de desvanecer mis ilusiones en este terreno.

Pero no es amor, sino estética el tema que había yo elegido para mi carta de hoy.

Tengo la pretensión de que me diga usted con absoluta sinceridad cuál es, á su juicio, el tipo ideal de mujer...

Me refiero á las cualidades físicas, por supuesto. Y aun cuando, dado el culto que profesa usted á la verdad, pudiera parecerle superflua tal advertencia, me permito indicarle que la vanidad no es uno de mis vicios predilectos.

Y franqueza por franqueza...
¿Que si me agradan los hombres guapos?, pregunta usted.

Le diré. No doy importancia en el hombre á la extremada corrección de facciones, ni al tono



Sombrero de terciopelo y encajes negros, adornado con perlas de acero

de los cabellos y la piel; pero sí me fijo mucho en si es de varonil presencia, frente despejada y mirada inteligente y despierta.

Prefiero el de carácter recio al de exquisitos modales, aun cuando, no siendo fuerza que ambas condiciones estén reñidas entre si, gusto, como es lógico, de que se posean las dos.

Me pide usted detalles de mi vida diaria. ¿Qué decirle, sino que éstos son de tan escaso relieve que los días pasan insensiblemente; que mi amiga, la americana, marchó ya á Deauville y que mi príncipe encantado, sí, encantado, no ha pasado por estas playas?

¡Qué felices se me antojan las mujeres de leyenda!... Aquella de los «Idilios del Rey», que tan tierno amor supo despertar en hombres como Launcelot y en su mismo dueño y señor... Ciertamente que no hubiera inspirado, quizá,



Capa de crespón marroquí negro, guarnecida con pequeñas rosas



Vestido de sarga negro, con falda larga y fichú de flecos

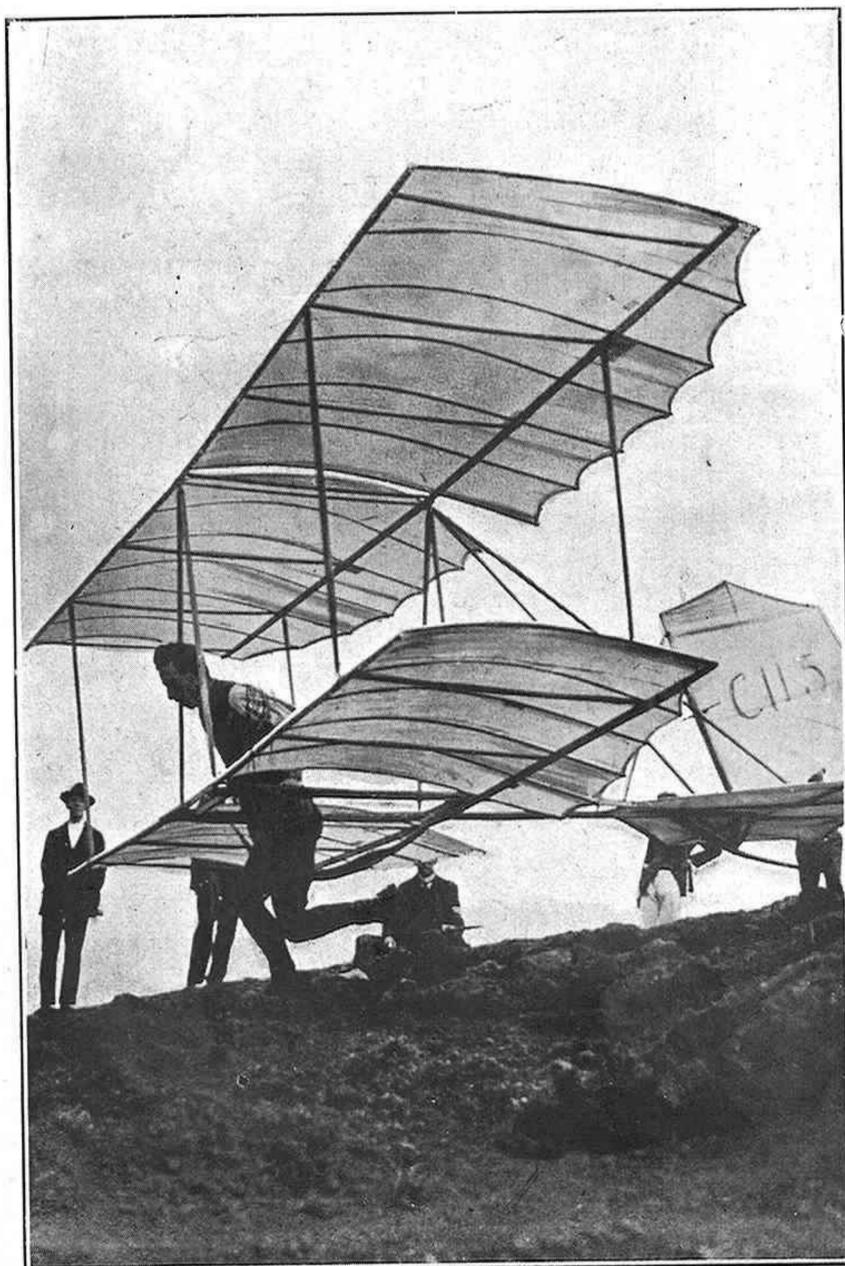
semejantes pasiones si hubiese vivido, como hoy nosotras, en ese paternal contacto con los del sexo fuerte que tan radicalmente borra del corazón todo vestigio de sentimentalismo. Esa heroína, vestida, como yo hoy, con un traje enterizo de crespón color húa, mangas semilargas, escote de hombro á hombro y cinturón de cuentas de marfil y un sombrero pamea enorme, de raja blanca rodeado de una banda de crespón igual al del traje, hubiera resultado, sin duda alguna, muy bella, pero sin esa aureola de misterio que á la mujer prestaba el indumento de otras épocas.

Yo, por mi parte, no hubiera sido feliz con las costumbres de antaño, sin bañarme á plena luz con ceñido maillot, sin mis paseos á caballo, montada á horcajadas; sin mis juegos de *lawn-tennis* y de *golf*, y hasta de *póker* cuando se tercia la ocasión y lo permite el presupuesto.

¿Las veladas? Hasta aquí las he empleado todas buscando en las revistas de modas algún remedio eficaz contra los desperfectos que el sol viene causando en mi piel.

¿Me encuentra usted demasiado frívola?
Tant pis...

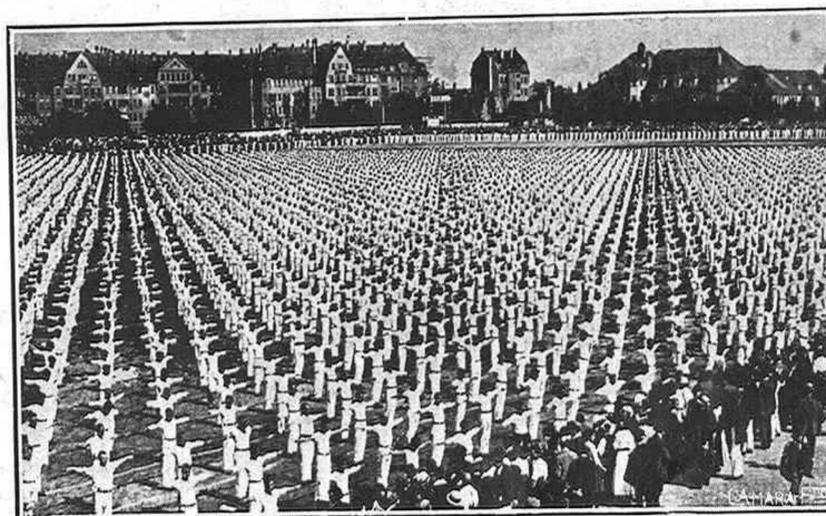
DE NORTE A SUR



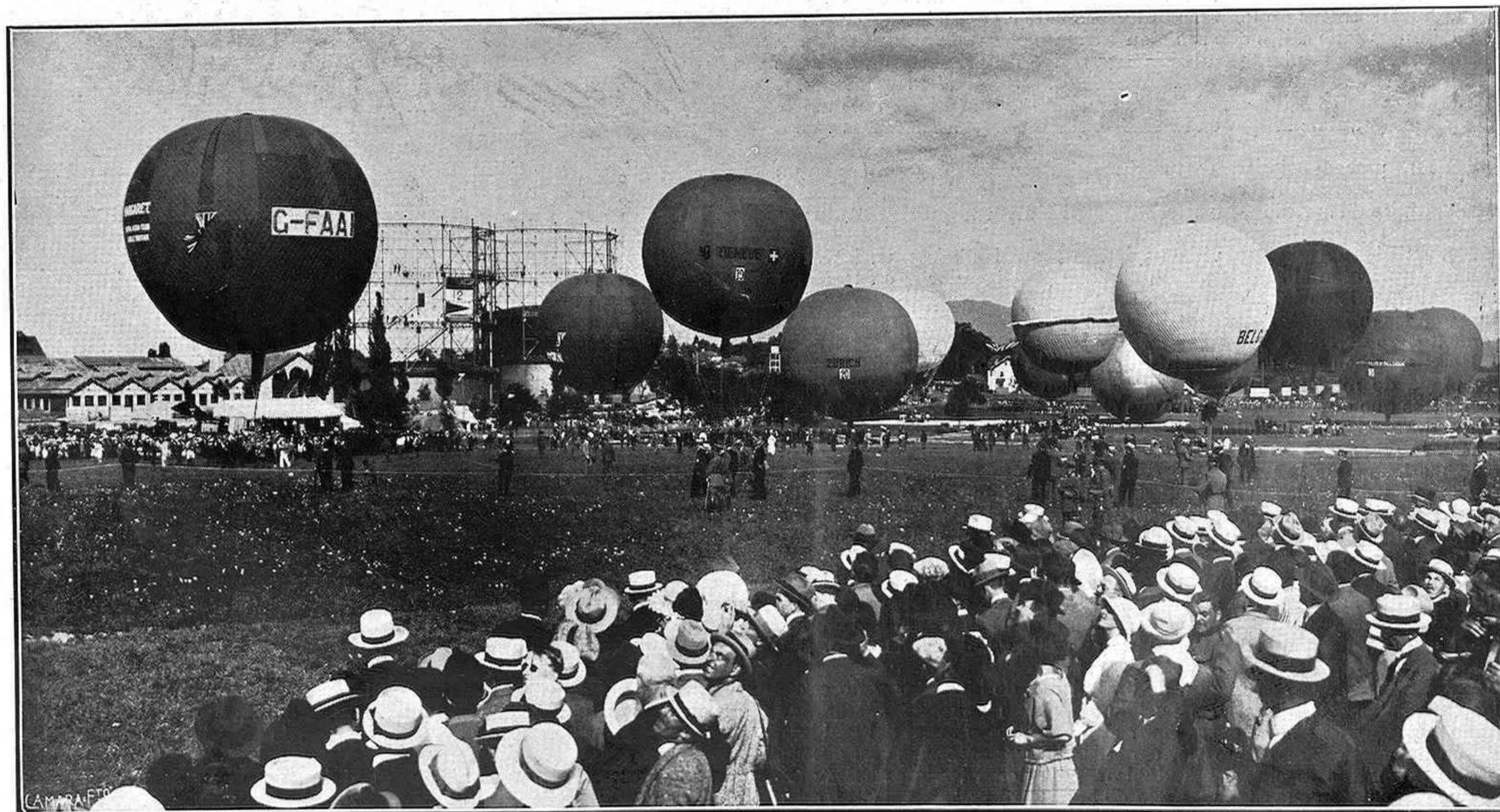
Uno de los aviladores que han tomado parte en el Concurso de aeroplanos sin motor, verificado en Puy de Combegrasse (Francia) hace pocos días, con gran éxito



Exhumación de los restos del insigne paisajista montañés Casimiro Sáinz, que yacían en el Cementerio de Carabanchel Alto, y que han sido trasladados á Reinoso, su pueblo natal, donde se le erigirá un mausoleo, obra del ilustre escultor Victorio Macho. El acto se verificó el día 15 del corriente, con asistencia de la Comisión organizadora y de representaciones de entidades oficiales y artísticas



El gran estadio de Leipzig durante las fiestas gimnásticas internacionales verificadas recientemente, y á las que han asistido más de doscientas Sociedades atléticas de Europa y América



Globos que tomaron parte en el Concurso de Ginebra, celebrado el día 6 del actual para disputarse la copa «Gordon-Bennett»

EL ENCANTO DE LA PLAYA



Marín

Las vacaciones..., los viajes..., el mar... He aquí el sueño, no de una noche de verano, sino de muchos días del invierno... El singular encanto que este paréntesis en nuestra vida de laboriosidad, de afanes, de trabajo, de diversiones y de preocupaciones nos ofrece y brinda amorosamente, persiste en la imaginación durante el año entero. ¡Oh! ¡Cuándo llegará el verano y me marcharé a la playa!

El verano llega, y la humanidad, ó la parte de ella que realiza el viaje, se considera completamente feliz cuando, descendiendo del convoy férreo que la llevará a través de llanuras ardorosas y deja atrás ciudades repletas de habitantes y de calles que semejan barreras contra la expansión de la Naturaleza, posa la planta en la playa y recibe las primeras impresiones del aire marítimo que llega, rendido y cortés, a saludar los pulmones.

La playa no es solamente el tributo al mar, sino el símbolo de la vida alegre y animada que en la ciudad costera llevan los felices que a ella arriban.

¿Caben preocupaciones, disgustos, malestares ó enfermedades en un lugar ameno, alegre y donde todo, desde el suelo y el cielo hasta el último habitante de la región, muéstranse propicios para que el encanto sea permanente?

No. La vida en playera villa no puede tener las tristezas, las sombras que enturbian el existir en las ciudades del interior y en la época normal de la existencia. En el tren, y para que se los lleve lejos, muy lejos, quedaron las preocupaciones y los sinsabores; en la playa sólo esperan los momentos de diversión y de alegría.

Reconozcamos que es también vida agitada la de los veraneantes en una playa de moda; pero, ¡cuán distintas son estas agitaciones y éstos sobresaltos que allí salen al paso, a los otros que continuamente nos achacaron durante el invierno!...

Hay la preocupación de la *toilette*, de la cita, del baño, del concierto, de la merienda, de la partida de *tennis*, de las excursiones, del *auto*, de la visita a los pueblecillos cercanos, de infinidad de cosas; pero todas ellas agradables, fáciles, algo que justifica el deseo, el afán con que durante días y días se pensó en la temporada veraniega y lo que se habló noches y noches de ella.

La severidad de la vida invernal no existe durante el estío en la playa. Allí todo el mundo forma parte de una gran familia que vive al aire libre y es casi una realidad la anécdota de aquel que aseguraba que era íntimo de una dama que se había bañado con ella en el mismo baño. ¡Lo que callaba era que el baño era el Océano!

La vida de playa nos inunda de optimismo, de bienestar y de complacencia hacia el prójimo. ¿Es posible enfadarse por una galantería, aunque ésta sea dicha a destiempo? ¿Puede echarse mano del mal humor en un sitio en que todo ríe, canta, baila y siente enormes deseos de sólo percibir sensaciones agradables? Bien demostrado se halla que no; que el encanto de la playa, aparte de la natural belleza del sitio, está en el ánimo del que hasta ella llega, quien, después de mucho pensarlo, ha sacado una deducción y a ella se ha asido fuertemente. ¡El que ten-

ga penas, que no venga! Quédense las tristezas, los sinsabores y las preocupaciones para cuando se vista ropa oscura y se esté junto al fuego chisporreante. Aquí hay aduanas, y sólo se permite la entrada a los dichosos de la vida.

¡Y por eso la playa es alegre, es viviente y llena el alma de sano optimismo!

A. R. BONNAT

DIBUJO DE MARÍN



ALGUNAS CUALIDADES POR LAS CUALES
EL

AGUA DE COLONIA AÑEJA

SE HACE INDISPENSABLE AL HACER UN VIAJE

Perfuma y suaviza el
agua destinada á la
"toilette"

Sirve como desinfectante
en caso de producirse
una herida.

Purifica el aire de una habi-
tación quemando en un pla-
tillo una pequeña cantidad.

Pruébele Ud. y se convencerá.

Frasco, 2,50

PERFUMERÍA GAL.

MADRID

ELEGANCIAS



Madeline
Vilpelle

Gran encanto y gran suavidad de línea dan á la forma femenina los graciosos recogidos, frecuentes en ciertos vestidos de gala y de fiesta aristocrática. Y este es uno de los más entonados, con su ligero canesú, que acaricia el cuello como con un aliento suave y perfumado. Todo el vestido es de crespón fulgurante, cuyos suntuosos pliegues se recogen y pasan de la cintura en ancho fruncido. Unos bordados se terminan con una cenefa de piel de mono con trozos negros y blancos

UNA GRATA PROMESA A LAS FUTURAS LECTORAS

Con el otoño, que fija la reintegración de las damas elegantes á la vida deliciosamente agitada de las grandes ciudades, coincidirá la aparición de ELEGANCIAS.

Llegará á la hora propicia, cuando la mujer recobra la noble preocupación de sus lujos en las fiestas mundanas, en los paseos postmeridianos, en las grandes solemnidades teatrales.

Y con esta feliz oportunidad será á un tiempo mismo espejo de las selectas y consejero de las que aspiren á la selección.

ELEGANCIAS, mientras sus futuras lectoras viven los instantes amables de la montaña, de las playas, de los pueblecitos pintorescos, no las olvida. Se prepara, galante y activo, pensando en ellas...

Por eso en estos modelos de modas que hoy les ofrece anticipa algo de lo que publicará en sus páginas, entre informaciones curiosas, comentarios al arte y á la literatura, miradas amplias sobre los deportes y charlas de una frivolidad inteligente.



Exquisitos son los recogidos á la griega que vamos á ver en los salones de baile de gran número de casinos. Dejan libres los hombros, muy desnudos, sin impudor. La túnica, recogida, se sostiene en el hombro con un corchete de piedra preciosa y otro igual en la cintura. En el otro hombro un tirante de perlas parecidas. La tela es una seda amarilla con estampados de plata. Debajo, una camisa blanca, de finos pliegues, se transparenta como una gracia más del vestido

PRENSA GRÁFICA
Editora

Nada iguala la suntuosa belleza de las telas laminadas. Así lo demuestra este traje de crespón marroquí oro, recamado y bordado, y cuya cola está adornada con pasamanería de reflejos auriverdes



Nicols.

LEO MERELO
Director en París

Las telas blancas bordadas embellecen á la mujer y le dan un aspecto virginal. Por eso los encajes se emplean en los trajes para novia, y por eso recomendamos éste, exquisito, con sus festones Luis XV, sus ramos muy siglo XVIII y su cinturón de rosas blancas, que se repten en el cabello para sostener el inmenso velo

retirarse. Al reflexionar luego en la cocina, fué columbrando la verdad. Todas las mujeres del pueblo, sin exceptuar las que eran comadres suyas, irían contra ella porque estaba al servicio de la marquesa.

A la misma hora del anochecer entró Watson en el pueblo. Después del terrible suceso de la mañana había tenido que preocuparse del cadáver de Pirovani, acompañando á los padrinos de éste y al médico. Primeramente lo guardaron en un rancho ruinoso cercano al río. Luego resolvieron trasladarlo á Fuerte Sarmiento, ya que debía ser enterrado finalmente en el cementerio de dicho pueblo. Así evitaban las manifestaciones que podían surgir en la Presa si el cadáver era llevado allá.

Regresaba Watson de Fuerte Sarmiento y había dejado á sus espaldas las primeras casas del pueblo, cuando se encontró con Canterac.

Este iba también á caballo, con sombrero y poncho iguales á los que usaban los jinetes del país, y llevando además un saco de ropa y de víveres en el delantero de la silla.

Al reconocerlo el joven, se detuvo para estrechar su mano. Adivinó que no le vería más, pues su aspecto era el de un viajero que se dispone á cruzar la desierta llanura patagónica.

Canterac, respondiendo á su pregunta, señaló el horizonte, en el que empezaban á brillar las primeras estrellas por la parte de los Andes invisibles. Luego le manifestó su propósito de pasar la noche en una estancia cerca de Fuerte Sarmiento, para continuar la marcha apenas apuntase el día.

—Adiós, Watson—dijo—. Habría sido un bien para todos nosotros que esa mujer no viniese nunca á esta tierra. Ahora veo las cosas bajo una nueva luz; pero, ¡ay!, ya es tarde.

Por unos momentos miró con indecisión á Ricardo; pero al fin dijo resueltamente:

—Oiga el consejo de un desgraciado, y no se ofenda porque se lo doy sin que usted me lo pida... No se separe nunca de Robledo: es un alma noble. Gracias á su bondad puedo marcharme... Todo lo que va conmigo le pertenece... Desconfíe de los que le hablen mal de él...

Sus ojos tristes miraron intencionadamente al joven mientras decía las últimas palabras. Antes de alejarse aún se atrevió á darle un nuevo consejo:

—Y no olvide por ninguna otra mujer á esa señorita que llaman Flor de Río Negro.

Le apretó la diestra, hizo un signo de adiós, y bajando la cabeza espoleó á su caballo, perdiéndose en la noche, que empezaba á nacer.

XV

Marchó Watson hacia el pueblo, sintiendo en su interior la comezón de una conciencia que empieza á perder su tranquilidad.

Recordaba con remordimiento aquel breve diálogo en el parque improvisado, durante el cual habló duramente á Robledo. «Y por esa mujer—pensaba—que lleva los hombros á la muerte, he maltratado al mejor de mis amigos!»

Luego, el rostro triste y lloroso de Celinda sucedía en su imaginación á la cara bondadosa de Robledo.

«¡Pobre Flor de Río Negro!—siguió diciéndose—Debo ir mañana á implorar su perdón, si es que se digna escucharme.»

Entró en la Presa ensimismado, dejándose llevar por el instinto de su cabalgadura; pero de pronto notó que ésta quería detenerse, y al levantar su cabeza se dió cuenta de que estaba ante la casa de la Torrebianca.

El comisario de Policía, ayudado por dos de sus hombres, empujaba con suavidad al último grupo de curiosos, llevándose por delante entre paternales exhortaciones.

Se alejó don Roque, é iba Ricardo á continuar su marcha, cuando notó que en la casa se entreabría una ventana, asomando á ella una mano de mujer que le hacía señas para que se acercase. Watson permaneció insensible al llamamiento y la ventana se abrió completamente, apareciendo Elena vestida de negro, como si guardase luto, pero llevando estas ropas fúnebres con cierta coquetería.

Tuvo Ricardo que aproximarse á la casa, y se quitó el sombrero para responder á sus afectuosos ademanes.

—¡Tanto tiempo sin verle!... Entre en seguida. El hizo con la cabeza un signo negativo, mirándola con severa expresión.

—¿No me pregunta por quién voy de luto?—continuó ella—Ha muerto la madre de mi esposo, una señora que yo amaba muchísimo. Estoy muy triste... ¡Cómo necesito en estos momentos la conversación de un buen amigo!...

Pretendía dar á sus palabras un tono doloroso y al mismo tiempo le invitaba á subir con ademanes de seducción. Pero Ricardo insistió en sus signos negativos y dijo al fin:

—Vendré á visitarla cuando viva en otra casa y esté presente su esposo. Ahora no puedo.

Y se alejó sin volver el rostro, mientras ella iba pasando de la sorpresa á la cólera, cerrando finalmente su ventana con violencia.

Cuando Watson, después de la cena, intentó disculparse con Robledo, pidiendo que le perdonase su rudeza, el español le hizo callar.

—No hablemos del pasado; tan amigos como antes: lo nuestro resulta un incidente sin importancia. Lo verdaderamente terrible es lo del pobre Pirovani y la situación en que se ve Canterac... Comprendo la impresión que han producido en usted sus palabras. ¡Pobre hombre! Unicamente quiso aceptar de mí lo más preciso para su viaje á través de la Cordillera. Dice que en Chile esperará mis noticias. Pienso buscarle algunas recomendaciones



entre mis amigos de Buenos Aires... ¡Qué catástrofe! ¡Y todo por una mujer!

Robledo quedó pensativo, para afirmar después optimistamente:

—Yo no la creo mala por completo. Es una hembra impulsiva, con las pasiones sin educar, que siembra el mal ignorándolo muchas veces, pues toda su atención la pone en ella misma, creyéndose el centro de lo existente. Si fuese rica tal vez sería buena; pero no conoce la modestia y es incapaz de aceptar el sacrificio. ¡Desea tantas cosas y tiene tan pocas!...

Sonrió melancólicamente é hizo una pausa, para continuar diciendo:

—Por suerte, no todas las mujeres son iguales. Ella misma me dijo un día que, en nuestra época, la hembra que piensa un poco se considera infeliz y odia todo lo que la rodea si no posee un collar de perlas, que es como el uniforme de la mujer moderna... Hay un ser más temible, querido Ricardo, que la mujer que busca á todo trance el collar de perlas: es la que lo tuvo, lo perdió, y quiere volver á conquistarlo sea como sea.

El recuerdo de Gualicho, diablo enredador que perturbaba á los indios con sus tretas, obligándolos á montar á caballo para perseguirlo á lanzadas y golpes de boleadora, pasó por su memoria. De continuar Elena en el mundo viejo, hubiese sido una de tantas mujeres temibles que se ven refrenadas y neutralizadas por la vecindad de otras semejantes á ellas. Pero aquí, rodeada de hombres que la admiraban, y en un ambiente primitivo que la hacía resaltar como si fuese de esencia superior, había ejercido sin quererlo una influencia tan nefasta como la del demonio cobrizo temido en otros tiempos por los jinetes errantes de la Pampa.

Ella misma había sido víctima de este ambiente de soledad al enamorarse de Watson. Creía poder jugar con los hombres, despreciándolos. Así se lo había manifestado una noche á Robledo, mirando con lástima á sus solicitantes. Pero Ricardo era la juventud, la frescura varonil, el hombre adorado por el primer amor de una adolescente, y que por

esto mismo representa una tentación para la coqueta madura, ganosa de quitárselo á la otra mujer. Sentía la necesidad de convencerse á sí misma de que aún guardaba su antiguo poder de seducción, trastornando la existencia del joven ingeniero... Y ahora debía sufrir cruelmente en su vanidad, al verse despreciada por el único hombre que había llegado á interesarle en este desierto.

Robledo acabó por compadecer á la esposa de Torrebianca con una conmiseración algo despectiva.

—Cree haber nacido para vivir en lo más alto, y la desgracia se complace en hacerla caer... Nada tiene de extraño que sea mala, faltándole el consuelo de la modestia y la resignación.

Pareció asustarse el español al considerar lo que probablemente podía ocurrir en la Presa después del suceso de aquella mañana.

—El contratista muerto..., el ingeniero director fugitivo... Habrá que suspender los trabajos... Van á retrasarse las obras del dique, y llegarán las crecidas sin que las tengamos terminadas. ¡Qué situación! Hay que ir á Buenos Aires en busca de remedio.

Y pasó gran parte de la noche sin poder dormir, desvelado por estas preocupaciones.

Watson montó á caballo la mañana siguiente; pero en vez de dirigirse al lugar donde se abrían los canales, se encaminó á la estancia de Rojas. Mientras el Gobierno no enviase un nuevo director para la terminación del dique, los trabajos de

(Continuará en el próximo número)

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐
"NUEVO MUNDO" ☐ "LA NOVELA SEMANAL"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
(PAGO ANTICIPADO)

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
EXTRANJERO.....	Un año	75 »
»	Seis meses.....	41 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	55 »
» »	Seis meses.....	30 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año	32 »
»	Seis meses.....	18 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	18 »
» »	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	25 pesetas
» »	Seis meses.....	15 »
EXTRANJERO.....	Un año	50 »
»	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	28 »
» »	Seis meses.....	16 »

La Novela Semanal

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	12 pesetas
» »	Seis meses.....	7 »
EXTRANJERO.....	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	14 »
» »	Seis meses.....	8 »

Los señores subscriptores de provincias pueden hacer los pagos por medio de Giro Postal, Libranza de Giro mutuo, Sobre monedero ó sellos de Correos



Anusol Goedecke
hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. Anusol Goedecke calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pídanlo en farmacias el único y legítimo Anusol Goedecke y recházese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "Goedecke" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.

LIBROS DE BARRIOBERO

Contra giro de cinco pesetas, certificados: **De Cánovas á Romanones** (estudios económicos). **Matapán** (relatos picarescos). **El hombre desciende del caballo** (novela).

22, Príncipe, 22
(ADMINISTRACIÓN)



Los dolores de muelas y de cabeza, así como los dolores neurálgicos, desaparecen rápidamente usando las

TABLETAS BAYER de ASPIRINA

Intimidad y personalismo
de las instantáneas

Kodak

Al contemplar una vista en una tarjeta postal, podrá pensarse: «Ahí pasé las vacaciones»; mas al examinar una fotografía Kodak, se puede exclamar: «Así pasé mis vacaciones».

Las postales reproducen el lugar donde se veranea, mas no el veraneo mismo. En las fotografías Kodak, por el contrario, no hay ni un solo detalle que no traiga a la memoria algún grato recuerdo de vacaciones.

Los retratos Kodak son siempre personales. Empiezan por ser obra de uno mismo, y cuando al cabo de los años se contemplan, reverdecen en la memoria todos los incidentes triviales o no de aquellos días.

Si la felicidad del próximo veraneo ha de durar siempre, es necesario llevar un Kodak, pues vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

Para no perder el veraneo de este año llévese a el un Kodak.



Téngase presente que el manejo del Kodak se puede aprender en media hora.

Hay Kodaks para todos los bolsillos en precio y tamaño.

Pida usted Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o a

KODAK, S. A.

MADRID:

PUERTA DEL SOL, 4;
GRAN VÍA, 23.

BARCELONA:

FERNANDO, 3.
PASEO DE GRACIA, 22.

Vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

Coñac Caballero



HELIOS

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

TAPAS Terraza-Restaurant LA PLAYA

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo
Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1922

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franquicia y certificado

El mejor sitio de Gijón * Gran Café * Sobre la misma playa
Gregorio Martín del Río
PROPIETARIO

Para toda la publicidad extranjera en "La Esfera" y "Mundo Gráfico", dirigirse á la Agencia Havas. Paris: 62, rue de Richelieu. Londres: 6, Bream's Buildings, Chancery Lane. London. E. C. 4.

HORNIMAN'S PURE TEA



Casa Fundada
en Londres
1826

.....
El té
predilecto
de las
Embajadas
de Europa!



Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

COMPAÑY

FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29



PARA SUPRIMIR LOS VELLLOS Y EL PELO



Tened mucho cuidado en usar un Depilatorio cualquiera. Después de aplicarlo, los pelos vuelven a brotar con mayor fuerza y vigor. Miss GYPCIA, 43, rue de Rivoli, Paris (1^{ra}), vióse un día inducida a experimentar una receta poco conocida, pero que posee verdadera acción sobre la raíz del pelo. Los pelos destruidos de este modo Y A NO VUELVEN A BROSTAR. Tan original metodo va explicado con la mayor claridad en un folleto intitulado: "Un secreto Egipcio" el cual se manda bajo sobre cerrado. GRATIS y muy discretamente a quien lo pida: bastará escribir adjuntando un sello para la contestación. Depósito para España: Senorita S. Mercedes, Nápoles, 272, 1^o, Barcelona.

REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS

SULFHYDRAL CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS CATARRALES, SARAMPION, COQUELUCHE, VIRUELA.
DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C^o, 49, Bruch, BARCELONA

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

PARA ADELGAZAR EL MEJOR REMEDIO DELGADOSE PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.